

CAIN, PIRATA.

Cuadro de introduccion al drama en tres actos

TITULADO

UN AÑO Y UN DIA.

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

PERSONAS.

ACTORES.

CAIN, <i>capitan pirata.</i>	Señor Lopez.
RODULFO.	Señor Latorre.
ELENA.	Señora Lamadrid, B.
PEDRO.	Señor Pizarroso.
TOMAS.	Señor Lumbreras.
UN MARINERO DE LA MA- RINA REAL.	} Señor Espontoni.

DOS MARINEROS PIRATAS. — DOS DE LA MARINA REAL.

La escena es en la isla Cabrera, una de las Baleares.
Siglo XVII.

Este Drama, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Introduccion.

Playa desierta en la isla Cabrera. Mar en el fondo. Rocas á la derecha. La accion empieza al anocheecer de un dia de Junio.

ESCENA PRIMERA.

(El mar empieza á calmarse despues de una tempestad y la noche va cerrando. Pedro aparece bajando por los peñascos á la playa, desde donde contempla el mar, sentándose en una piedra.)

PEDRO.

¡Esto va malo, Perico!
no es esta vida salvaje
para quien ha estado siempre
entre seres racionales.
Ello es verdad que no habiéndolos
aqui, tampoco hay percances
de escribanos ni alguaciles...
y esto, ¡qué diablo! algo vale.
Aqui nadie me pregunta
ni exige pruebas legales
que acrediten que soy Pedro,
Diego, Juan, Antonio ó Jaime;
mi oficio, mi ocupacion,
qué casa vivo y qué calle.
Todo eso es verdad, sin duda,
y una ventaja muy grande
para hombres que como yo
no gustan de que se hable

mucho de ellos: mis asuntos
al cabo á nadie le atañen.

Pero ajustando las cuentas
en limpio, y por otra parte
viendo el negocio, es muy duro
que un hombre la vida pase
como un lobo entre las peñas,
los espinos y los árboles,
durmiendo en una caverna,
de peces alimentándose,
y esperando á que la mar
le arroje algo que le cuadre,
presa arrancada á otro pobre
por traidores temporales.

¡Oh, y el de hoy fué cosa horrenda!
hizo noche á media tarde.

Esto va malo, Perico...

mas de la vista al alcance
flota en el agua un objeto,
dos, tres... ¡bah! Dios te lo pague,
Levante amigo, que empujas
hácia tierra el oleage.

Y es un barril... ¡haga el diablo
que no sea de vinagre,
que á fê que no necesito
ácidos que abran el hambre!
¡Hola, hola, y cómo pesa!
y allí viene un cajon grande,
y mas allá veo un fardo
y otro barril; ¡oh santo angel
de mi guarda! y esto es vino,
y esto pólvora.

VOZ EN EL MAR.

¡Amparadme,
Santo Dios!

PEDRO.

¡Cielos, qué acento!

VOZ.

¡Ay de mí!

PEDRO.

(*Mirando.*) Del agua sale:

¡oh! sí, lo veo, es un náufrago.

(*Haciendo seña con las manos.*)

¡Eh! buen hombre, ánimo; nade
un poco mas, y está en salvo.

No me escucha... ¡Oh! se desase

del palo á que se agarraba;
no puede mas... á salvarle
voy, si es que alcanza su vida
hasta que llegue á esperarme.

(Se arroja al mar, y queda un momento sola la escena.)

ESCENA II.

PEDRO. ELENA.

(Pedro trae á Elena desmayada y la pone sobre las piedras.)

PEDRO. Dios quiera que aun sea tiempo
de salvarla... ¡Oh! hubo un instante
en que temí por los dos
del agua con los embates!
¡Infeliz! perdió el sentido
antes de que yo llegase,
y ya á merced de las olas
estaba próxima á ahogarse.
Si un sorbo de vino al menos
pudiera hacer que tragase.
¡Vamos á ver!

*(Toma una concha, vierte en ella unas gotas del licor
que contiene el barril y se lo hace tragar.)*

ELENA. ¡Ay!

PEDRO. Respira.

ELENA. ¡Dónde estoy!

PEDRO. En un parage
seguro ya, aunque no ofrece
sobradas comodidades.

Ea, bebed; que ahora es fuerza
reponerse y calentarse,
porque el baño ha sido largo
y peliagudillo el lance.

ELENA. Y vos, hombre generoso,
que sin duda por salvarme
vuestras ropas aún mojadas
muestran que al mar os echásteis,
¿quién sois? ¿qué país es este?

PEDRO. Contestacion no muy facil.

tienen esas dos preguntas,
señora... mas escuchadme,
aunque no den mis palabras
gran consuelo á vuestros males.

La tierra en que estais es una
de las Islas Baleares.

ELENA.

¡Oh! ¡cuál de ellas!

PEDRO.

La Cabrera.

Pero no hay mas habitantes
que nosotros en su suelo,
y no siendo útil á nadie,
rara vez aporta un buque
á sus riberas salvages.

Há tiempo habia una torre,
de la cual eran guardianes
diez soldados españoles;
mas dos ó tres años hace
que un dia los degollaron
unos piratas de Tánger.

Por lo que toca al pais
os he dicho lo bastante;
y en cuanto á mí, de mi historia
no habrá mucho que relate.

Soy mallorquin: mis negocios
me hicieron al mar lanzarme
de un pescador en un bote,
y el mar me echó á estos lugares.

Un mes há que estoy en ellos,
y puesto que á ellos llegásteis,
contándoos como vivo

no hay para que mas os canse.

ELENA.

¡Ay de mí! ¿con que en tal caso
no hay medio de abandonarles?

PEDRO.

Ninguno, como algun buque
no nos descubra, que pase,
ó algun águila marina
de los pelos no nos saque;
lo cual, señora, ya veis
que sería estraño viaje.

ELENA.

¿Y qué hacer?

PEDRO.

Nada; ponerse
en manos de Dios, estarse

noche y dia en atalaya
 por si llegar vemos algun
 que nos socorra, y vivir
 en soledad agradable
 como allá en el paraiso
 nuestros primitivos padres.

ELENA.

¡Misericordia de Dios!

PEDRO.

No está de mas invocarle.

(Mas decidme (esto, señora,
 si es que se puede y os place,)
 cómo llegásteis aqui.)

ELENA.

Un barco de catalanes,
 á cuyo bordo á Mallorca
 pasaba desde Alicante,
 naufragó, perdido el rumbo
 con la borrasca, y salvarme
 logré asida á ese madero
 luchando toda la tarde
 con la mar, desesperada
 de lograrlo á cada instante.

Esta es mi historia, buen hombre,

PEDRO.

Ea pues, Dios nos depare
 buena suerte, y buen auxilio.

Entre aquestos peñascales
 tengo una mala barraca;
 ocupadla, y que descanse
 dejad al cuerpo unas horas
 mientras que pongo remate

á la coleccion de frutos
 que la marea nos trae.

Y tiempo hay de discurrir
 lo que conviene.

ELENA.

Ayudadme,
 que estoy entumida toda.

PEDRO.

Dadme el brazo, y animarse:
 ¡voto va el diablo!

(Éntranse por la derecha, y vuelve luego Pedro solo.)

ESCENA III.

PEDRO.

Ea pues,

hème aquí ya ; vive Dios !
 en medio de este desierto,
 y á la tormenta deudor
 de una nueva compañera
 que en mi soledad me dió.
 Vaya , veamos qué es esto.
 ;Hola! barrica de rom ,
 un baul...

(Lo rompe con una piedra para abrirlo.)

ropa... pistolas...
 un collar , un libro , dos ,
 tres , cuatro... esto era de un sabio :
 veamos qué libros son.
 Historia de Carlo Magno
 y los doce pares... ;oh !
 ;gran libro ! tomo tercero ,
 comedias de Calderon.
 Siempre que no hablen en ellas
 mas personajes que dos
 bien las podemos hacer
 esa compañera y yo.

(Sigue recogiendo cajones y demas objetos que el mar arroja á la playa.)

ESCENA IV.

PEDRO. ELENA, dentro.

ELENA. (Dentro.) ;Eh! mirad , mirad.

PEDRO. ;Qué es ello ?

ELENA. Un barco.

PEDRO. ;Poder de Dios!

(Aparece á lo lejos un bergantin.)

y es cierto ; hagámosle seña ;

ahí teneis ese jiron

de mi manta... mas ;qué es esto ?

ó veo visiones yo ,

(ó á las velas cogen rizos :

sí , sí , viran á estrivór ,

dirigen aquí su rumbo.

ELENA. (Desde las peñas.)

¡Oh ! mis ruegos escuchó
 el cielo , y en ese barco

- PEDRO. nos envia salvacion.
 PEDRO. Botan al agua una lancha;
 pero válgame el Señor;
 buen amparo nos envia.
- ELENA. ¿Qué decís?
 PEDRO. ¡Pues! Ellos son.
 ELENA. ¿Quiénes?
 PEDRO. ¿No veis los arreos?
 Piratas.
- ELENA. ¡Cielos! ¡hay hoy
 mas desdichas que apurar!
- PEDRO. Pronto, ocultaos, si no
 quereis que seamos hechos
 cautivos ambos á dos.
 Metros entre las peñas;
 puede que su expedicion
 no sea mas que á hacer agua;
 y con prudencia y valor
 puede que salgamos bien
 y que nos ayude Dios.
- ELENA. Si él no lo hace...
 PEDRO. Ea, venid.
 y dejadme que obre yo,
 que para perdernos ambos
 siempre ha de ser ocasion.
 (*Vanse por la derecha.*)
- ELENA. ¡Piratas! — ¡Ay esperanza
 de sueño fascinador!

ESCENA V.

*CAIN. RODULFO. TOMAS. DOS PIRATAS en una lancha y
 con trages sicilianos, pistolas al cinto, &c., &c.*

- CAIN. Sacad á tierra esas pipas,
 bajadlas á la caverna
 en que el manantial se oculta,
 y ayisad cuando esten llenas.
- (*Los marineros sacan dos toneles y los llevan por
 detras de las peñas á la derecha.*)
 (*A Tomas.*) Preside tú esa maniobra
 y cuida de que obedezcan;
 y tú, Rodulfo, colócate

de atalaya entre las peñas.
 Si algo repentino ocurre
 que reclame mi presencia
 la tierra de la isla es poca
 y oiré al punto la seña.

(Vanse Cain por la izquierda y Rodulfo por la altura de la derecha.)

ESCENA VI.

TOMAS.

Oscura cierra la noche,
 hierva el mar y el viento arrecia.
 Ya darnos caza no pueden,
 nuestra nave es mas velera,
 y traen mucha gente inútil
 y poca marina diestra.
 ¡Ay de mí! ¡quién otros días
 suerte tal me predigiera!
 Así las cosas del mundo
 se eslabonan y encadenan
 las unas tras de las otras
 y nos arrastran por fuerza
 del oscuro porvenir
 á la sima de tinieblas.

ESCENA VII.

*PEDRO aparece sacando la cabeza con precaucion por los peñascos: TOMAS le descubre al punto y le encaño-
 na una pistola.*

PEDRO. No siento nada; tal vez
 se internaron por la tierra.

TOMAS. ¿Quién va?

PEDRO. ¡Cielos! ¡Soy perdido!

TOMAS. ¡Eh! buen hombre, sea quien sea,
 échese al punto, ó le meto
 dos balas en la cabeza:
 entregaos.

PEDRO. Ya me entrego.

TOMAS. ¿Solo estais?

- PEDRO. Solo.
- TOMAS. Desierta
 está hace tiempo esta isla:
 ¿cómo os encontráis en ella?
- PEDRO. Huyendo de enemistades
 y voluntades siniestras
 echéme al mar en Mallorca
 y el mar me echó á esta ribera.
- TOMAS. ¿Nadaís pues como un salmon?
- PEDRO. No nadé, que vine á fuerza
 de remos en una barca
 de un pescador.
- TOMAS. Cosa es esa
 que se acerca á la verdad:
 mas ¿y el bote? (*Mirando al agua.*)
- PEDRO. La marea
 se lo tragó, y ya hace un mes
 que habito aquí entre las peñas
 como un animal salvaje.
- TOMAS. ¿Y á Mallorca no quisierais
 volver?
- PEDRO. ¿A Mallorca? Oh, no.
- TOMAS. Teneis en aquella tierra
 muchos amigos sin duda,
 pues la haceis tal preferencia.
- PEDRO. ¡Qué quereis! cosas del mundo.
- TOMAS. Ya. (Si este hombre á mis ideas
 contribuyese.) (*Examinándole.*)
- PEDRO. (¡Qué diablos
 me examina con tal flema!)
- TOMAS. (Veamos.) Buen hombre, hablemos
 ambos á dos con franqueza.
 Yo necesito de vos,
 y vos de quien os proteja.
 Si me servís yo os prometo
 que sois libre, y las entenas
 de aquel bergantin pirata
 no han de saber lo que pesa
 el cuerpo de un mallorquin
 suspendido en una verga.
- PEDRO. ¡Oh! sí, sea la que fuere,
 acepto vuestra propuesta.

- TOMAS. Decidme pues: para ser hombre de bien en la tierra ¿qué os hace falta?
- PEDRO. Dos cosas.
- TOMAS. Bien, dinero es una de ellas.
- PEDRO. Precisamente.
- TOMAS. ¿Y la otra?
- PEDRO. Otro nombre y otras señas en mi individuo.
- TOMAS. ¿Quereis cambiar conmigo las vuestras?
- PEDRO. ¿Con vos?
- TOMAS. Nada os dé cuidado; caí volviendo de América en las manos de esa gente, y aunque hay razones secretas que abandonarla me impiden, no hay hombre alguno que pueda reconocerme en mi patria, pues años há salí de ella.
- PEDRO. Si no hay peligro en mostraros...
- TOMAS. Ninguno.
- PEDRO. Pues cosa hecha.
- TOMAS. Pues tomad. Todos los años volvereis por esta época á esta isla, y hallareis una cantidad como esa donde querais enterrada.
- PEDRO. ¿Pero qué hay que hacer por ella?
- TOMAS. Oid. Con esos papeles que contiene esa cartera acreditareis que sois Tomás Ruiz de Villanueva.
- PEDRO. Que sois vos.
- TOMAS. Seguramente. Escrita en una hoja de esas vereis mi historia, que es breve; usadla como os convenga.
- PEDRO. Bueno.
- TOMAS. Y siendo Tomás Ruiz arribareis á Marbella, á Alicante, á cualquier punto

de España, donde os parezca.
Ireis luego á Andalucía,
y en el Valle de Purchena
hallareis un lugarcillo
de seis casucas de tierra.
Preguntareis por vos mismo,
tomareis todas las señas
y noticias que allí os den
de vuestra muger.

PEDRO.

La vuestra.

TOMAS.

Por supuesto. Allí hallareis
(si por ventura no es muerta)
una hija que Dios me dió:
amparadla, protejedla,
decidla que sois su padre:
no le digais la manera
con que vivo, y sed vos bueno,
sed indulgente con ella.
Si yo no parezco mas,
(lo que es facil que suceda)
os doy todos mis derechos:
persona fiel y secreta
os llevará la noticia
de mi muerte, y suma inmensa
os entregará en mi nombre;
mas si el mensage no llega
seguid haciendo mis veces
y esperad á que yo vuelva.
¿Aceptais?

PEDRO.

¡Ay! Acepto.

TOMAS.

Ahora

tomo sobre mi conciencia
todo el mal que hayais vos hecho.
A esta isla una galera
llegará que nos da caza,
y sabe que en estas peñas
hay una fuente, que usamos;
podeis acogeros á ella,
y pues sois ya Tomas Ruiz
empezad vuestra comedia.

PEDRO.

Está bien.

TOMAS.

Pues ocultaos;

y no os paseis en la cuenta
que aunque me fio de vos
de tan estraña manera,
no faltará quien me vengue
si olvidais vuestras promesas.

PEDRO. De todas mis fechorías
sería esa la mas necia,
cuando me reporta á mí
mas que á nadie conveniencia.

TOMAS. Contad pues con un amigo,
y andad, que alguno se acerca.

ESCENA VIII.

TOMAS. RODULFO.

TOMAS. ¡Quién sabe! Acaso el destino
me depara un hombre fiel
para que encuentre por él
de mi ventura el camino.
¡Ah! Sin el fatal secreto
que á esos inicuos me ata
fuera yo por el pirata
antes muerto que sujeto.
Mas Rodulfo ¡desdichado!
destino tal no merece,
y su destino parece
en acosarle empeñado.

RODULFO. ¡Tomas!

TOMAS. Rodulfo. ¡Imprudente!

RODULFO. No pases, buen viejo, afan;
lejos está el capitan
y en tranquilidad la gente.
Y pues un momento aqui
nos hallamos en sosiego,
aconséjame te ruego.

TOMAS. ¡Aconsejarte!

RODULFO. Oye.

TOMAS. Di.

RODULFO. Tomas, hasta aqui llegó:
aqui mi padre me mata
primero que del pirata

al barco me vuelva yo.
No volveré á ver izar
en combinacion estraña
de la Inglaterra y la España
las banderas á la par.

No quiero ver que en un viaje
si topamos tres vageles
entramos como de infieles
en los tres al abordage.

Bajo un pabellon lidiar,
sea el que sea, eso es valor:

¿no lo es á todos traidor
correr con todos la mar?

Y en fin, es cosa segura,
pese al capitan ó no,

en esta isla tendré yo
libertad ó sepultura.

TOMAS. ¡Tan resuelto!

RODULFO. Sí, Tomas;

y pues tú mi solo amigo
fuiste siempre, tú conmigo
libre ó muerto quedarás.

TOMAS. ¡Ah! el capitan, pobre niño,

tal vez te dé esa licencia,
porque en Dios y en mi conciencia
te tiene mucho cariño.

Pero á mí... nunca lo esperes.

RODULFO. ¿Y por qué? ¿no sabe acaso

que sin tí no he dado un paso

desde que nací? ¿Que me quieres

como á un hijo? ¡Oh! yo me atrevo

á asegurar que consiente

en que dejemos su gente.

TOMAS. Y yo consentir no debo

que en mi nombre le supliques,

porque á la primer sospecha,

Rodulfo, á la mar nos echa...

RODULFO. Por Dios, Tomas, que te espliques.

TOMAS. Mira, Rodulfo: yo fui

quien los primeros abrazos

te dió, y en mis propios brazos

al nacer te recogí.

Desde aquel día fatal
no me he separado un punto
de tí, y pensaba difunto
dejar compañía tal.

Tú, que no puedes memoria
conservar de tu niñez,
ni aun te imaginas tal vez
tu desventurada historia.

Mas yo que la tengo escrita,
Rodulfo, en mi corazon,
medito tu salvacion,
y hasta el descanso me quita.

No, no; con razon ninguna
podemos ni tú ni yo
vivir con quien nos juntó
nuestra maldita fortuna.

Pero sigue mi consejo;
si tú te quieres salvar
á mí no me has de nombrar,
que los conozco y soy viejo.

RODULFO. No sé, Tomas, qué adivino
de siniestro en tus palabras.

TOMAS. Sigue mi consejo y labras
tu destino y mi destino.

RODULFO. ¿Y qué me tengo de hacer
sin tus consejos en tierra,
si en el llano ó en la sierra
no sé los peligros ver?

Los que en la mar nos pasamos
nuestra vida, ¿qué valemos
en tierra si no tenemos
uno tras de quien vayamos?

Seré... infeliz ó dichoso;
pero ¿piensas que sin tí
pueda olvidar que hoy aqui
dejó un hombre generoso?

Ya me depare mi suerte
una opulenta fortuna,
ya oscura como mi cuna
rueda mi vida á mi muerte,

Tomas, tú en mi corazon
vivirás siempre conmigo,

en mis placeres amigo,
y constielo en mi alliccion.

Sí, pediré al capitan
nuestra licencia; los dos
juntos, que juntos por Dios
nuestros destinos estan.

TOMAS.

¡Hijo mio! así te quiero,
noble y generoso, así;
¡bien veo, Rodulfo, en tí (*Con entusiasmo.*)
tu valor de caballero!

RODULFO.

¡Qué dices, Tomas! Mi padre...

TOMAS.

Calla por Cristo, ¡imprudente!

RODULFO.

Pero...

TOMAS.

A pesar de esa gente
vive en tí tu noble madre.

RODULFO.

¡Mi madre! (*Con tristeza.*)

TOMAS.

¿Qué te entristece?

¿Te pesa de asemejarte
á tu madre?

RODULFO.

A confesarte
la verdad, no me parece
bastante esa semejanza.
De mi padre la quisiera,
porque con ella creciera
mas hidalga mi esperanza.

TOMAS.

Pues en fin, al tiempo aguarda,
que quien tuvo buena madre
bien puede tener buen padre.

RODULFO.

Ó ella una pasion bastarda.
Porque mi padre, lo ves,
es ya de rapiña un ave
que solo hacer presa sabe
con las alas y los pies.

Tomas, ¡Dios me lo perdone!
pero siento á mi pesar
que jamás le podré amar
aunque el ser padre le abone.

Y si no es por el amor
que tú siempre me has mostrado,
al mar me hubiera arrojado
mil veces en mi furor.

Ay Rodulfo, ya lo sé.

- Yo que á tu lado he dormido
 tantos años, conocido
 tu corazon tengo á fé.
 Cuántas veces escuchándote
 bajo pesadilla horrible
 luchar, á la lid terrible
 puse yo fin despertándote.
 ; Cuántas veces al salir
 ese fatal pensamiento
 de tu boca, ahogué tu aliento
 por si él lo podía oír!
 Rodolfo, tienes razon:
 ya acompañarnos no debes,
 y si á dejarnos te atreves
 no pierdas esta ocasion.
- RODULFO. Sin tí, imposible será.
 TOMAS. De rodillas te lo pido;
 no me nombres, ó perdido
 tu porvenir todo está.
- RODULFO. No alcanzo por qué misterio...
 TOMAS. No le intentes comprender,
 porque es forzoso ceder
 á su poderoso imperio;
 y te lo digo otra vez,
 aunque te canse mi afan...
 Mas viene allí el capitán,
 ten en cuenta su altivez.
- RODULFO. Mi puesto voy á ocupar,
 Tomas; y antes de partir
 mi padre, aquí me ha de oír,
 ó aquí me habrá de matar. (Sube.)
- TOMAS. ; Oh bizarro corazon!
 ; cómo tu sangre conoces!
 y cómo te dice á voces
 tu origen, tu inclinacion.
- ESCENA IX.
- TOMAS. CAIN.
- CAIN. ; Qué hace esa gente? ; Tenemos
 acaso el tiempo de sobra,

cuando ingleses nos dan caza
y está cercana la aurora?

TOMAS.

Baja á la gruta y aguijalos.
Capitan, ved que son ondas
las pipas.

CAIN.

¡Eh! que las llenen
pronto, y si no que las rompan.

ESCENA X.

CAIN. Despues PEDRO.

CAIN.

Nada penetran los ojos
por esas tinieblas lóbregas;
mas ¿quién sabe lo que ocultan
en su oscuridad recóndita?
¿Adónde está ese muchacho?

(Al subir por las rocas, como buscando á Rodulfo, ve
la entrada de la cueva donde se oculta Pedro.)

¿Pero qué tenemos? ¡Hola!
no conozco esta aventura,
y allá arriba hay una choza
medida entre los peñascos:
¿quién este desierto mora?
Ese rumor... aquí hay gente
guarecida... una pistola
meto dentro... ¡eh! en esa gruta
quien quiera que esté responda,
ó muere como un gazapo.

PEDRO.

Teneos, teneos.

CAIN.

¡Hola!

¿Quién eres tú?

PEDRO.

Yo? Un perdido,

á quien echaron las ondas
á estas ribeñas desiertas.

CAIN.

¿De dónde eres?

PEDRO.

De Mallorca.

CAIN.

¿Quién está contigo?

PEDRO.

Nadie.

CAIN.

Pues qué, ¿el mar se tragó toda
la tripulacion del barco?

- que montabas?
- PEDRO. Mas persona no habia dentro que yo.
- CAIN. Esplicate, y sea con pocas palabras si amas tu vida y conservarla te importa.
- PEDRO. Pues bien, yo hice en mi pais unas cuantas de esas cosas en que contra gusto de uno cartas la justicia toma, y no gustándome mucho que de cerca me conozca, así un bote á un pescador y echéme á la mar traidora.
- CAIN. Y poco diestro sin duda...
- PEDRO. En eso acaba mi historia.
- CAIN. ¡Oh! parece que eres hombre capaz...
- PEDRO. De cualquiera cosa.
- CAIN. ¿Y ahora qué piensas hacerte?
- PEDRO. Aguardar la suerte loca; nada tengo que perder; cuanto logre pues me sobra.
- CAIN. ¿Tienes aficion al mar?
- PEDRO. No mucha, que es beleidosa el agua, y se muda inquieta segun el viento que sopla.
- CAIN. ¿Y si te vieras en tierra fueras hombre cuya boca guardar supiera un secreto y mandar una maniobra?
- PEDRO. Sin duda.
- CAIN. ¿Serías hombre para acudir á la costa en un dia convenido con una respuesta pronta?
- PEDRO. ¿Qué inconveniente tendria? Nadie me sujeta ahora, y al servicio de cualquiera puedo entrar, si me acomoda.
- CAIN. ¿Tienes talento y constancia para armar una tramoya

- y enredar una novela?
PEDRO. No habrá jugar que se ponga
 tanto disfraz como yo
 si usar de muchos importa.
CAIN. ¿Y si te ponen á prueba
 cantarás la palinodia?
PEDRO. Lo que está en mi corazón
 allí se pudre y se ahoga.
CAIN. ¿Y si con harpones de oro
 te lo pescan?
PEDRO. Si en mi bolsa
 hay una sola moneda
 en vano han de echarlos.
CAIN. Toma,
 para dos meses hay harto;
 al fin de ellos á la costa
 te acercarás de Marbella,
 sabiendo cuántas personas,
 cuántos bienes, cuántas rentas,
 en fin, cuanto corresponda
 á la familia de un conde
 que á una expedición remota
 salió de España.
PEDRO. ¿Su nombre?
CAIN. Cuanto á este negocio toca
 de mi bergantín á bordo
 sabrás: te daré las notas
 y documentos precisos
 para cambiar tu persona
 en la de otro hombre, que á bien
 que no saldrá de las ondas
 á desmentirte, y te haré
 tomar tierra en cierta costa
 adonde no ha de alcanzarte
 la justicia de Mallorca.
 ¿Te acomoda?
PEDRO. Sí.
CAIN. Está bien,
 y si mis planes se logran
 tendrás tierras é hidalguía,
 y aun puede que esclavos y honra.

(Hace Cain una señal con un pito que lleva colgado

al cuello, y mientras aparece á esta señal Tomas,
dice Pedro:)

PEDRO. Fortuna te dé Dios, hijo,
dice el refran, y te sobra
lo demas. — Esta mañana
mi esperanza era tan corta
que no ocupaba estendida
el espacio de una ostra;
me estorbaba hasta mi nombre;
y al cabo de pocas horas
tierra y mar tengo por mio,
represento tres personas,
dirijo grandes negocios
y espero hidalguía y honra.
¡Bah! tiene razon quien dice
que este mundo es una bola,
y que la empuja el demonio
del lado que se le antoja.

ESCENA XI.

CAIN. PEDRO. TOMAS.

CAIN. Ve aqui un nuevo compañero
que ha de venir con nosotros,
mas la alianza es secreta.
Cuando volvamos á bordo
con nosotros ha de ir;
llévale pues.
TOMAS. (A Pedro.) Si capcioso
lazo me tiendes, te juro
que ves de la mar el fondo.
PEDRO. Dime, ¿impiden tus asuntos
los que interesan á otro?
¿No puede un hombre de des
ser agente de negocios?
TOMAS. Pues bien, ni tú me conoces
desde hoy, ni yo te conozco:
no haya palabra ni seña
en el buque entre nosotros:
sirvámonos mutuamente,
mas en secreto.

- PEDRO. En un pozo
echaste el tuyo.
- TOMAS. Él conserva
tu cabeza entre tus hombros.
- PEDRO. Juguemos limpio y vivamos.
- TOMAS. Eso mismo te propongo.
- PEDRO. Y eso admito.
- TOMAS. Vamos pues.
Cain gusta de estar solo.

ESCENA XII.

CAIN.

Sí, sí: fuera del mar se necesita
una morada incógnita y segura:
ya mi sed de vagar se debilita,
ya deseo quietud, calma y holgura.
Hoy un oculto espíritu me incita
otra vida anhelar y otra ventura.
Con el oro que tengo y con mi aliento
¿á qué no puede osar mi pensamiento?
Buques tendré en el mar que me acarreen
espléndido botín; tendré en la tierra
viles esclavos que su vida empleen
mi reposo en velar; tendré en la sierra
monteros que á mi antojo me la ojeen,
y haré á los osos y á los ciervos guerra;
y en fin, con mi osadía y con mi plata
mas que cualquiera rey será el pirata.

(Elena asoma.)

Sí, tomaré ese nombre, y esa historia:
dentro de mí se encerrarán dos seres,
ambos con gran poder, ambos con gloria:
y si hay alguien que pueda mis placeres
turbar guardando de quien fui memoria,
antes que ose traidor decir: tú eres...
aunque tenga por medio una alpujarra
le cortará la voz mi cimitarra.

ESCENA XIII.

ELENA. CAIN.

- ELENA. No tan pronto será que no te lance
tu ingratitud al rostro.
- CAIN. ¡Dios, qué veo!
- ELENA. Ni tan pronto será que no te alcance
su suplicante voz.
- CAIN. ¡Que sueño creo!
¡Oh! ¿Y es en realidad la misma Elena,
ó es ilusion que engaña mis sentidos?
- ELENA. No, no; de amor y esperanza llena
Elena es la que habla á tus oidos.
- CAIN. ¿Quién te trajo á esta playa?
- ELENA. El aire incierto,
la tempestad, el mar, tu mala estrella.
- CAIN. La tuya sí que te ofreció mal puerto,
pues que te trajo á dar conmigo en ella.
- ELENA. ¡Oh! no tan malo si á encontrarte acierto,
que largo tiempo rastré tu huella,
y navegué segura de encontrarte
sin mas rumbo ni afan que el de buscarte.
- CAIN. *(Con frialdad.)*
Pues bien, héme aquí ya: di, ¿qué me quieres?
- ELENA. ¿Eso preguntas tú que me conoces?
¿No tienes corazon? ¿De marmol eres?
¿No te lo dice tu conciencia á voces?
Me amaste y te adoré; partí contigo
el placer y el dolor; en la montaña
á los tuyos y á tí franqueé un abrigo...
¿Hallarme, si esto sabes, qué te estraña?
- CAIN. Y bien, ¿qué te se antoja? ¿qué apeteces?
¿oro? rica serás. La tierra es tuya,
libre como las aves y los peces
busca mansion, mas huyeme.
- ELENA. ¡Que huya,
hombre sin corazon! ¿con tierra y oro
pagarás el amor que hay en el mio?
¿Quieres pagar con brezos un tesoro!
Mas tiembla.
- CAIN. *(Con desprecio.)* ¡Eh! de esa cólera me río.

- ELENA. ¿Te olvidas de que fué tu compañera?
- ELENA. ¿que sé desde el momento en que naciste tu historia toda entera?
- ¿Te olvidas que mi amor y mi esperanza pueden tornarse en bárbara venganza, tus crímenes contando por do quiera?
- CAIN. Cuéntalos en buen hora. ¿Qué hay en ellos que no tenga su origen en esas leyes que á los pueblos rigen, y que dan á sus súbditos los reyes sin preguntar si necesitan leyes?
- Yo buscaba en Sicilia mi pobre vida; en mi batel pasaba una y otra vigilia, y un pedazo de pan á mi familia con mi sudor compraba.
- Te amé, y viví feliz entre peligros que siempre desprecié; pero ¿qué hicieron las leyes con nosotros? remolcaron nuestro barquillo y en la mar lo hundieron, despues defraudadores nos llamaron, por las peñas despues nos persiguieron, y al pobre que cogieron en los robles del monte le colgaron.
- ¿Qué pudimos hacer? como nosotros nuestros padres tambien vivido habian; no nos dejaron otros officios ni caudales, ni podian.
- Cual fieras acosados de nuestro hogar lanzados sin amparo en la tierra, la sociedad nos arrojó en su encono; y salimos al mar á hacerla guerra, y en él buscamos libertad y trono: y desde entonces, sí, la tierra toda nuestra enemiga fué, y la tierra ingrata pagó tributo al vencedor pirata.
- Tal es mi historia, y de lo que haya en ella á la razon contrario, no me culpen á mí, sino á mi estrella.
- ELENA. Mas cuando al mar salias por la primera vez, y á las bravías

olas del mar tu porvenir fiabas
 el solo ser de quien fiar podías
 en la ribera sin piedad dejabas.

CAIN. *(Con amargura.)*
 Y allí dejé también padres y hermanos,
 cuanto pude querer quedó en Sicilia.

¿La sangre en que á teñir iba mis manos
 alcanzára á mi amor, á mi familia?

no: ¿cómo fuera el tigre carnívoro
 camarada del tímido cordero?

ELENA. La falta de poder, amor la abona;
 sí, la muger que osaba en la montaña
 contra la ley abrirte su cabaña
 hubiera sido junto á tí, leona.

CAIN. Tú deliras, muger. Sobre mi nave y
 sería tu presencia
 de la muerte de entrambos, la sentencia,

ELENA. Tu salvacion, ¿quién sabe?

CAIN. Ea, no hablemos mas; he renunciado
 á todo cuanto he sido,
 ignoro mi pasado
 y de mi porvenir tampoco cuido.

Muger, no hablemos mas, se me ha olvidado
 si en tiempo mas feliz te he conocido.

ELENA. Con que quiere decir que así inhumano...

CAIN. Quiere decir que sé tu desventura,
 mas no tendré la estúpida locura
 de tenderte una mano.

Tu suerte en esta isla te dió puerto,
 y no saldrás por mí de este desierto.

ELENA. Pues bien, sea en buen hora,
 abandóname y huye, porque acaso
 antes que raye la vecina aurora
 una nave velera
 que á la tuya da caza
 en esa roca alcanzará una hoguera.

CAIN. ¡Ira de Dios! y entonces...

ELENA. Entonces... lo que en ella aun no se sabe
 se sabrá... sí, las señas, patria, nombre,
 y la historia por último del hombre
 que va en aquella nave.

CAIN. Pues tú también la montarás conmigo,

pero el mar te abrirá tumba escondida.

ELENA. Yo no temo la mar; es mi destino
que respete mi vida

para abrir contra tí siempre el camino:

dos veces me tragó y me dió salida.

CAIN. No me tientes, muger. Calla, y no cierras
la suya á tu existencia

á prueba tal poniendo mi paciencia.

ELENA. No hay medio, no; ó amigo, ó enemigo:

si aceptas la amistad pronto partamos;

si enemistad, veamos,

el cielo y la razon estan conmigo.

CAIN. Pues bien, tu cielo y tu razon si pueden

contra mi fiera voluntad te ayuden.

(Pone mano á una pistola del cinto. Elena huye subiendo por los peñascos. El pirata espera á que llegue á lo alto, y apuntándola seguramente hace fuego. Elena da un grito y cae del otro lado de las peñas fuera de la vista del público.)

CAIN. Veremos el favor que te conceden,

y en tu favor los cielos cómo acuden.

ESCENA XIV.

CAIN. TOMAS. RODULFO. PEDRO.

TOMAS. ¿Qué es esto?

CAIN. Nada.

RODULFO. Padre, ¿y ese tiro?

CAIN. Contad si de vosotros falta alguno.

RODULFO. Al revés, según veo sobra uno.

CAIN. Entonces, vive Dios, solo fué ruido.

Ya sabéis que aun en medio de las olas

no erró el plomo jamas de mis pistolas.

¿Y nuestra gente?

TOMAS. Ya espera

en el bote con la carga.

CAIN. Al agua pues, que no es larga

la noche cómo quisiera.

RODULFO. Antes, padre, de partir

quisiera hablaros á solas.

CAIN. Mi gente es sorda, y las olas

- tus palabras no han de oír.
me lo dirás en el mar.
- RODULFO. En el imposible toca,
lo que salga de mi boca
en tierra se ha de quedar.
- CAIN. Rodulfo, el tiempo nos falta,
déjalo para despues.
- RODULFO. Capitan, imposible es.
- CAIN. Pues en la verga mas alta
sobra una cuerda y... cuidado
con ocuparla.
- RODULFO. Ese estremo
de vuestra crueldad no temo,
que estoy bien determinado.
Acordaos de una tarde
en que debisteis la vida
á que recibí esta herida (*La muestra.*)
que os destinaba un cobarde.
Entonces me concedisteis
lo primero que os pidiera,
y está es la ocasion primera;
cumplid lo que prometisteis.
En tierra os tengo de hablar,
ó mirad lo que escogéis;
prefiero que me mateis
á volver con vos al mar.
- CAIN. (*A Tomas.*)
Tomas, si llego á entender
que fué tu lengua atrevida,
puedes rezar por tu vida.
- TOMAS. Lo haré así, si es menester.
- CAIN. Pues vé á esperar tu sentencia.

ESCENA XV.

CAIN. RODULFO.

- CAIN. (*A Rodulfo.*)
Empieza tú, que ya escucho,
pero no te alargues mucho,
que tengo poca paciencia.
- RODULFO. Lo que tengo que deciros

no os causará largo afán;
se reduce, capitan,
á que no quiero seguiros.

CAIN.

Qué, ¿tienes miedo á los peces?
¿ó es que la gente que tengo
no te acomoda? Convento
en que algo ruda es á veces.
Mas ¿qué lo quieres hacer?
no se puede un bando echar
para que vengan al mar
piratas donde escoger.

Y á mas, no encuentro motivo,
porque siendo mi hijo tú,
quien te ofenda; Belcebú
me lleve! si queda vivo.

RODULFO.

Padre, os lo dije, no quiero
vivir mas en una nave
cuyo capitan no sabe
cuál bandera usar primero.

CAIN.

¿Y no es fortuna en verdad
por entre el mundo enemigo
poder arrastrar consigo
su mundo y su libertad?

¿Qué califa te da leyes?

¿Quién puso á mi barco nombre?

¿Quién dijo: mandan á ese hombre
esos ó los otros reyes?

Todos los mares visito,
y siempre por mi valor
en todos como señor

tomo lo que necesito.

Y si hay razon para dar
á un hombre un reino en la tierra,
¿por qué no ha de hacerse guerra
por el imperio del mar?

RODULFO.

Es otro mi pensamiento,
padre.

CAIN.

¿Y adónde has de ir
que no tengas que decir
tu nombre y tu nacimiento?

¿Piensas que ha de darte plata
y fortuna tu conciencia?

- RODULFO. Y qué, ¿no hay otra existencia que valga la del pirata? Vos ceñidas las pistolas para dormir y velar, no haceis mas que cavilar vuestros secretos á solas. No llevais jamas con vos ni otro hermano ni otro amigo, el mar es vuestro testigo y la suerte vuestro Dios. La fuerza es la única ley que en el barco se respeta; ¿y si esa ley os sujeta de qué os vale ser el rey? República del mas fuerte porque otro no os abasalle, no hay mas medio que aplicalle una sentencia de muerte. Una queja suelta apenas de los labios, basta á veces para llamar á los peces colgado de las entenas. ¿Eso es vida? ¿eso es fortuna? ¿qué vale tanto botín si para gastarlo al fin no llega ocasion alguna? Y por último, señor, ó en tierra me abandonais, ó lo que de amor no hagais yo lo he de hacer de furor. A la mar me arrojaré.
- CAIN. Hola, y el mozo está lleno de brios, y de algo bueno será capaz.
- RODULFO. Sí seré, y así, capitán, lo espero; mas pues cada cual se fragua su suerte, cual vos en agua en tierra la mía quiero.
- CAIN. Y desde hoy te quiero mas, que mozo con tanto brio que hacer dará al lado mio

aun al mismo Satanás.
 Con que vaya, echa adelante,
 que en la primera ocasión
 donde gastar un doblon
 no ha de faltar á un tunante.

RODULFO. Padre, un paso no daré,
 ya os lo dije. Y que no ha habido
 nadie que os haya pedido
 lo que yo, tambien lo sé.

Pero en vano me acosais;
 con vuestra gente no puedo
 y en esta isla me quedo,
 ó en esta isla me matais.

CAIN. ¡Ira de Dios! cosas tales
 estan pasando por mí,
 que estoy por saciar en tí
 todo el furor de mis males.

RODULFO. Hacedlo si se os antoja,
 y acabad los míos hoy,
 porque vuestra sangre soy,
 y os juro que me sonroja.
 Tener padre, y padre tal
 sin patria y sin religion,
 está con mi corazon
 aviniéndose muy mal.

CAIN. ¡Víbora de sangre ingrata!
 ¿asi pagas ¡pese á mí!
 la existencia que te dí?

RODULFO. (Con desprecio.)
 ¡Con el nombre de un pirata!

CAIN. (Con brio.) Con su nombre y su poder,
 con su oro y su libertad.

RODULFO. Y una horca en la ciudad
 donde irlo todo á perder.

CAIN. Voto á... mas dejemos eso,
 porque siento que si dura
 me va á faltar la cordura...
 y el amor que te profeso
 no ha de poderme tener:
 y pues tan claro me anuncias
 que á mis favores renuncias,
 tú solo lo has de perder.

Acércate acá, rapaz, y escucha lo que te digo, que soy tu padre, y tu amigo aunque eres algo tenaz. Lléveme el diablo si atino qué afán tienes en largarte á tierra, más por mi parte busca en ella tu destino. Mas oye, si otro que tú tal intento me propone, hoy mismo en marcha se pone á cenar con Belcebú. Te haré parte en el botín: vive, y en ninguna parte vuelvas, Rodulfo, á acordarte de tu capitán Cain. Aquí la gente...

RODULFO.

Señor,

pues parto, y largo quizás. Muchacho, no hables ya más, que no eres predicador.

CAIN.

ESCENA XVI.

CAIN. RODULFO. LOS PIPATAS.

CAIN.

Oid, habida atención á lo bien que se ha batido, la vida le he concedido á este mozo, á condición de que aquí se ha de quedar, en donde nadie reside; y que si otro me lo pide le echo por respuesta al mar. ¿Lo oís? Ea pues, al bote. *(Dispérsanse todos.)*

(A Rodulfo.)

Toma ese oro que te toca

(A los suyos.)

y el que descosa la boca está mal con su cogote.

¿Tomas?

ESCENA XVII.

CAIN. RODULFO. TOMAS.

- CAIN. (*A Tomas.*)
Te has portado bien ;
y pues de todo ignorante
va, sea libre y que medre;
que hombre es, y la tierra grande.
- TOMAS. (*Si un dia me ayuda el cielo,
vive Dios que ha de pesarte.*)
- CAIN. (*Ya no hay nadie que me venda,
que hablen los muertos no es facil.*)
Con que al agua. A Dios, muchacho.
- TOMAS. Rodulfo, que Dios te ampare.
- RODULFO. ¿ Asi se olvida de un hijo?
Tomas, bien hago en dejarle.

ESCENA XVIII.

(*Los piratas y Pedro entran en el bote y desaparecen. A poco el bergantín pirata tiende velas y sigue su rumbo. Rodulfo queda en la playa viéndolo partir.*)

RODULFO.

Héme aquí solo, ¡ ay de mí !
pero estar solo mas vale
que en la odiosa compañía
de esos corsarios infames.
Mas no pensemos en ello;
Dios, que los secretos sabe
del corazon de los hombres,
no querrá desampararme.
Aquí hay pólvora, y un arma ;
en aquestos peñascales
voy á encender una hoguera
por si algun buque al alcance
pasa de esta isla, que entienda
que implora su auxilio alguien.

(*Mete unas hojas en la cazoleta de una pistola, y al foganazo las enciende, levantando á poco llama que alimenta con brezos &c.*)

Y aquí me siento á espiar

la inmensidad de los mares,
y á esperar á que sus ondas
me den camino ó me traguen.
Llama en que arde mi esperanza,
dura, dura, y no te apagues,
y cual te doy yo alimento
fuerza y esperanza dame.

ELENA. (*Dentro.*) ¡Ay!

RODULFO. ¡Qué voz! de ese desierto

¿quién puede ser habitante?

Ilusión mía sin duda:

no, entre aquellos matorrales

oigo rumor, algo veo

que se agita en su ramaje.

¿Quién va allá?

ELENA. (*Dentro.*) Quien quier que seas,
por el cielo santo ampárame.

RODULFO. ¿Dónde estás?

ELENA. Estoy acaso

de la vida en los umbrales.

RODULFO. Aguarda á ese precipicio

que busque por donde baje.

(*Desaparece por detras de las peñas, y vuelve con Elena.*)

ESCENA XIX.

RODULFO. ELENA.

ELENA. No puedo ya mas, detente,
déjame aquí que descanse.

RODULFO. Recóbrate y di qué puedo
hacer por tí. ¡Cielos! sangre.
¡Oh, sí, sí, comprendo ahora
el pistoletazo de antes!

ELENA. ¡Ay! las fuerzas me abandonan,
¡fallezco!

RODULFO. Ah, no, no; aun late
su corazon, late el pulso.

(*Un buque pasa á lo lejos.*)

Santos del cielo, una nave:

¿si distinguirán mi hoguera?

(*El buque sigue cruzando.*)

Pasa... sí, ¡todo es en valde!

¡Ah! probemos. (*Tira un pistoletazo.*)

Pasa: ¡inútil!

el ruido sofoca el aire,
no hay esperanza ninguna.

(*El buque tira un cañonazo.*)

¡Gracias, Dios mio! ¡Dios grande!

por aqui llega una lancha:

ea, corazon, ensánchate,

la suerte te da la mano,

y un nuevo mundo te se abre.

(*Llega el bote con marineros.*)

ESCENA XX.

RODULFO. ELENA. DOS MARINEROS.

MARINERO. Es un pirata.

RODULFO. Ellos fueron
quien en esta isla dejándome
á morir me condenaron.

MARINERO. Sí, es de ellos.

RODULFO. Amigos, padre,
cuanto amé les abandono
por no seguirles.

MARINERO. ¿Y qué hace
ahí esa muger? ¿quién es?

RODULFO. Víctima de sus maldades.

MARINERO. ¿Vive?

RODULFO. Sí.

MARINERO. Venga á la lancha.

RODULFO. Gracias. (*Ponen en el bote á Elena.*)

MARINERO. Remar y adelante.

(*Entra Rodulfo en el bote y se alejan remando.*)

FIN DE LA INTRODUCCION.

UN AÑO Y UN DÍA.

PERSONAS.

ACTORES.

EL CONDE REINALDO.	<i>Sr. Lopez.</i>
DON JUAN.	<i>Sr. Latorre.</i>
DON PEDRO.	<i>Sr. Pizarroso.</i>
ISABEL.	<i>Sra. Valero.</i>
ELENA (muger con manto en el acto 1.º).	<i>Sra. Lamadrid.</i>
CLARA.	<i>Sra. Lapuerta.</i>
JUAN.	<i>Sr. Eusebi.</i>
GIL.	<i>Sr. Azcona.</i>
TOMAS.	<i>Sr. Lumbreras.</i>
UN CAPITAN DE GUARDAGOSTAS.	<i>Sr. Sanchez.</i>
UN SOLDADO (marinero en el prólogo).	<i>Sr. Espontoni.</i>

La escena en Lubrin, pueblecillo cercano á la costa y al valle de Purchena, en Andalucía.

Acto primero.

Habitacion amueblada al gusto del siglo XVII. Puerta en el fondo y otra á la derecha. A la izquierda otra secreta y una ventana. Un reló que marca el tiempo, y apunta las doce menos veinte minutos. Nada de lujo.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO.

La media ha dado... ya tarda,
y si se pasa la hora...
¡ah! ni vivo ni sosiego
hasta ver cómo se logran
mis planes, y cómo salgo
de tan infernal tramoya.
Sí, sí; fuerza es dar un brinco
antes que el velo se rompa

y el tiempo aclare los hechos:
 mas aun no parece... ; hola !
 oigo ruido en la escalera:
 él es... él es... ; arda Troya !

(Va hácia la puerta á recibir al conde, que llega vestido con lujo.)

ESCENA II.

DON PEDRO. EL CONDE.

- CONDE. Dios sea contigo, Pedro.
- D. PEDRO. Bien venido, conde.
- CONDE. ¿ Es ora ?
- D. PEDRO. Para nuestra cita, la única,
 temprano para la otra.
- CONDE. ¿ A qué hora se cumple el plazo ?
- D. PEDRO. A las doce en punto.
- CONDE. ¿ Todas
 mis órdenes se han cumplido ?
- D. PEDRO. Si, señor conde.
- CONDE. ¿ Está pronta
 la mojianga de escribas
 y el aparato de boda ?
- D. PEDRO. Nada falta.
- CONDE. Vamos pues
 á tratar de lo que importa.
 ¿ Vendrá el capitán ?
- D. PEDRO. Vendrá.
- CONDE. Su última carta amorosa
 se reduce á asegurar
 á la muchacha su próxima
 vuelta; ya sabeis que yo
 se las intercepto todas.
- CONDE. ¿ Y qué fecha tiene la última ?
- D. PEDRO. Si la cuenta no equivoca
 mi aritmética, es hoy mismo
 cuando llega, y esta sola
 circunstancia me obligaba
 á esperaros con zozobra.
- CONDE. Desecha todo temor:
 gente leal y briosa
 he apostado por do quiera

que por todo el valle ronda.

¡Oh! aunque vuelva el capitán
llegará tarde.

D. PEDRO. En buen hora.

Y de la mar ¿qué tenemos?

CONDE. Todo va á pedir de boca:
un día de estos mi barco
vendrá á fondear en la costa.

D. PEDRO. ¿Y de aquel hombre hay noticias
exactas?

CONDE. Su mano propia
fué quien escribió la carta
en que me anuncia tal cosa.

¿Pero te alarma esta nueva?

D. PEDRO. A mí, ¿por qué?

CONDE. Tu faz toma
mal color. ¿Te sientes malo?

D. PEDRO. No, por Dios. ¡Vaya! ¡es graciosa
la aprension! Seguid, seguid.

¿Qué puede haber en mi contra

en la vuelta de un marino

que vuestra privanza goza?

¿No es un amigo leal

que nos sirve y nos apoya?

CONDE. Tienes razon.

D. PEDRO. Vaya, hablemos
de nosotros mismos.

CONDE. ¡Oiga!

¿No olvidaste...?

D. PEDRO. No por cierto:
cada uno atiende á su propia

conveniencia, y para ella

tengo yo buena memoria.

CONDE. Sea, pues; tiempo es de echar
esta máscara enfadosa,
y mostrar uno cuál es

su pensar y su persona.

Un año entero aguardé

por no dar una sonora

campanada, que se oyera

diez leguas á la redonda.

Tres años há estoy aquí,

metido como una zorra
 en ese negro castillo,
 sin que nadie me conozca
 ni me vea cara á cara;
 mas no será desde ahora
 lo mismo, porque ya me hallo
 con poderes que me sobran.
 Si se harta de mí esta tierra,
 ó á mí la tierra me enoja,
 en la mar tengo mi barco,
 y allí mi fortuna próspera.
 Como he comprado este valle
 de España, si se me antoja
 iré á comprar todo un puerto
 en otra playa remota.

D. PEDRO. Sí, pero estais, señor conde,
 en Purchena por ahora:
 y está tan cerca Granada,
 y es esta gente tan tosca,
 que si prudentes no andamos
 el pan nos cuesta una torta.
 El plazo está al concluir;
 una escena escandalosa
 no conviene en modo alguno;
 en este plazo no hay próroga:
 ó el capitán viene ó no;
 si retardarle se logra,
 vuestra es Isabel... mas falta...

CONDE. Entiendo; tapar la boca...

D. PEDRO. No, estimar el sacrificio
 de su voluntad; os odia,
 y sin embargo se entrega
 resignada vuestra esposa,
 si no vuelve el capitán;
 y esta abnegación no es poca.

CONDE. Y bien, ¿ en cuánto se aprecia?

D. PEDRO. No se aprecia, que se dora;
 y doradas muy distintas
 parecen todas las cosas.

CONDE. Mi palabra es como el sol,
 fija.

D. PEDRO. Pues teneis esposa.

¿Y el capitán...?

CONDE.

Cumple tú,
que yo haré lo que me toca.

D. PEDRO.

Pues salid, que la oigo ya.
Y, señor conde, ya os consta
que fué condicion no veros
hasta el plazo.

CONDE.

Y bien gustosa
puede estar de mi obediencia.
A Dios, pues. (Como yo coja
la muchacha, ya irás tú
donde el secreto no te oigan.) (*Vase.*)

ESCENA III.

DON PEDRO.

(Como la venta sea buena
y yo á caballo me ponga,
aunque tenga mas prosapia
que la dinastía goda.)
¡Oh! y salga por donde quiera,
porque despacio mirándolo
el demonio va enredándolo
de muy estraña manera.
Y si antes que me eche fuera
viene el otro á darme un susto...
no, no; ese hombre está en lo justo,
me libra de ese cuidado
y él se queda muy holgado
saliéndose con su gusto.

ESCENA IV.

DON PEDRO. ISABEL.

ISABEL. ¡Ay, padre, sin vida estoy!

D. PEDRO. No hay ya remedio, Isabel.

ISABEL. Y há un año que no sé de él.

D. PEDRO. Y el plazo se cumple hoy;
tú misma lo propusiste
y no has de volverte atrás.

ISABEL. No me imaginé jamás
un desengaño tan triste.
¡Un año entero ¡ay de mí!
sin ver una letra suya!
Yo no sé, padre, que arguya:
¡me olvidó!

D. PEDRO. Creo que sí.

ISABEL. ¡Sí decís! Tal vez por cierto
lo dais... Acabad, señor,
que no es posible á mi amor
vivir otro día incierto.
Hoy este plazo concluye:
si al fin él no ha de volver,
mejor quisiera saber
que me aborrece y me huye.

D. PEDRO. ¿Qué otra cosa imaginarse?
Tan amante y tan resuelto
al partir, y ni aun ha vuelto
con una carta á anunciarse.

Si no te olvidó inconstante
al verse lejos de ti,
sospecho que murió allí
en guerra y pais distante.
De cualquier modo, Isabel,
don Juan, inconstante ó muerto,
pues ni aun escribe, es lo cierto
que nada hay que esperar de él.

ISABEL. Pero si suerte fatal
se lo impidiera, y me amara,
¡por quien soy que le esperara!

D. PEDRO. ¡Isabel, no hicieras tal!
No; yo no tengo, hija mía,
de ese hombre noticias ciertas,
mas considera, y lo aciertas,
que hoy es de tu boda el día.
Ni yo propondré mas plazos,
ni los admitiera el conde;
al que llegue corresponde
tu amor.

ISABEL. Pero ¿y si á mis brazos
llegan á un tiempo los dos?

D. PEDRO. Los dos se lo arreglarán,

aunque á fé que no serán
tan exactos vive Dios.

ISABEL. ¡Ay padre, que puede mas
el vuestro en vos que mi empeño,
y estoy ahora en vuestro ceño
viendo mi suerte quizás.

D. PEDRO. ¿Isabel, te has vuelto loca?

ISABEL. Mejor lo quisiera estar,
señor, para no arrostrar
la suerte cruel que me toca.
Él es pobre y es soldado,
el conde es rico y es noble,
y esto hace que el mal se doble
contra el otro desdichado.

D. PEDRO. ¿Y acaso crees, hija ingrata,
que te tuviera en tan poco
que así te cambiara loco
por un puñado de plata?

ISABEL. Yo nada creo, señor.

D. PEDRO. ¿Ó piensas que el conde fuera...?

ISABEL. Padre, el conde es una fiera
y cualquier otro es mejor.
El vulgo el tigre le llama,
y caverna á su palacio:
considerad con despacio
si esposo con esa fama
conviene á muger alguna.

D. PEDRO. Entre ambos has elegido,
y uno ha de ser tu marido;
válgate pues tu fortuna.

ISABEL. ¡Padre, por piedad! *(De rodillas.)*

D. PEDRO. Aparta.

ISABEL. ¡No, no podeis en conciencia
fulminar una sentencia
tan cruel!

D. PEDRO. Mi paciencia es harta
para tu llanto, Isabel,
y sea afición, sea capricho,
si antes llega, ya está dicho,
tu marido ha de ser él.
Tu padre soy, y solemne
palabra á entrambos les di:

y aunque ella te pese á tí
mi palabra está perenne.
ISABEL. ¡Ay padre! ¿y toda la vida
seré de quien odio presa
por una fatal promesa?
D. PEDRO. Que hoy ha de quedar cumplida:
con ese reló consulta,
que desde aquí al medio día
hay un cuarto todavía;
mira bien lo que resulta. (Vase.)

ESCENA V.

ISABEL.

Un cuarto falta, ¡ay de mí!
y si fé don Juan me guarda
solamente porque tarda
¿habrá de perderme así?
Él, tan noble y tan honrado,
si es que su amor alimenta
¿no vendrá á pedirme cuenta
del amor que me ha dejado?
¿Mas si no viene don Juan?
¿si sin que nada lo impida
del plazo antiguo se olvida
cual sus promesas lo estan?
Entonces... saben los cielos
que le aguardaré tambien
mientras incompletos esten
con mi plazo mis recelos.
Y á ser cierto... ¡Ay de mí triste!
ni á imaginarlo me atrevo,
que á este desengaño nuevo
mi corazon se resiste.
¿Ni una carta en todo un año...!
¿Mas él no pudo escribir
y otro sus cartas abrir
interesado en mi daño?
¿Mi padre...! ¡tal vez atino!
y acaso todos los dias
que han fingido cartas mias
para engañarle imagino.

¡Ay si él me pudiera oír!
 ¡Si á sus oídos llegara
 mi voz y le recordara
 que el plazo se va á cumplir!
 ¡Si él engañado y yo ciega,
 y amándonos todavía
 pasa el año y pasa el día
 y yo aguardo y él no llega!
 ¡Ay! y él mismo me advirtió
 que si por muerto le daban
 del plazo antes, me engañaban:
 sin duda que sospechó.
 ¡Oh! desdichado don Juan,
 si te dicen que inconstante
 te he olvidado un solo instante
 juro á Dios que mentirán.
 Sí, sí; los oídos cierra
 á tan pérfida ficción,
 que solo mi corazón
 tu amor y tu nombre encierra.
 Diez minutos... ¡ah...! ¡deliro! (*Mira al reló.*)
 A cada instante que pasa
 mi esperanza es mas escasa,
 y porque pase suspiro.

(*Dirigiéndose al reló.*)

Y tú, máquina infernal
 que con monótona lengua
 me adviertes lo que se mengua
 cada minuto fatal,
 cesa por Dios de correr;
 un día en tu curso cesa;
 da otro día á mi promesa...
 mas ¡ay! si no ha de volver,
 si él inconstante me olvida
 y de ese monstruo en los brazos...
 no... no, primero á pedazos
 me habrán de arrancar la vida.

ESCENA VI.

EL CONDE. ISABEL.

ISABEL. ¡Ah! (*Al ver al conde.*)

- CONDE. No sé que os estrañais,
Isabel, de mi venida,
pues mi ausencia está cumplida,
y vos al reló mirais.
- ISABEL. Es, señor conde, que advierto
que antes del plazo venís.
- CONDE. ¿De que faltan me advertís
unos minutos? Es cierto.
Veo que teneis memoria,
y que no habeis olvidado
un punto de lo pactado,
es verdad; es nuestra historia.
Mas juré volver tambien
á las doce de este dia;
si no han dado todavía
aguardaré hasta que den. *(Se sienta.)*
Con que no os paseis afan,
porque cualquiera conoce
que si no han dado las doce,
y el reló suena, darán.
- ISABEL. Señor conde, á lo que creo
volvisteis con intencion
de insultarme en mi afliccion.
- CONDE. Por Dios que insulto no veo
en cumpliros mi promesa,
que aunque un poco anticipada,
seis minutos no son nada
cuando un año se interesa.
- ISABEL. Sí, pero debéis saber
que entra en la lista un tercero,
y en seis minutos no infiero
que no pueda aparecer.
- CONDE. En verdad que si estuviera,
señora, en ese pasillo,
que llegara era sencillo
con pocos pasos que diera.
Mas como yo para mí,
salvo error, tengo por cierto
que no vuelve ningun muerto
aunque lo prometa así.
- ISABEL. ¡Qué decís!
- CONDE. Yo nada digo.

ISABEL.
CONDE.

¡Qué...! ¡Don Juan...!

Con honra y prez

alcanzó á don Juan su vez
en un balazo enemigo.

ISABEL.

¿Y á tal momento venís
con tan infausta noticia?

¿No veis que arguye malicia?

CONDE.

Hasta hoy se ignoró.

ISABEL.

Mentís.

CONDE.

¡Miento! Leed, y pensad
que sobre esa firma deja
lo que tener aconseja
por su postrer voluntad. *(La da una carta.)*

ISABEL.

Mentís.

CONDE.

Y de ello testigo
nos la ha traído un soldado
que fué en el campo lisiado
con él, y fué muy su amigo.

ISABEL.

Mentís.

CONDE.

Tomad el papel.

ISABEL.

¡Es la letra de don Juan!

CONDE.

Ya veis que os fué el capitán
hasta morir siempre fiel.

ISABEL.

(Lee.) "En vano fué, Isabel mía,
mi fortuna y mi valor,
que acabo aquí con mi amor
antes del año y el día.

*Y pues por suerte fatal
no he de cumplir mi promesa,
á Dios; sé que te interesa
casarte con mi rival."*

Si fuera cierto...

CONDE.

Yo sé

que tras de aqueste pesar
no os debiera recordar
ni mi razón ni mi fé.

Que esperé un año y un día
como lo habíais propuesto,
ni que del lance funesto
sabedor, á ello venía.

Con vuestro padre de acuerdo
vengo á deciros, señora,

que pues esta casa ahora
no es mas que un triste recuerdo
que os pensará el corazon,
que os vengais á mi palacio,
donde habreis con el espacio
de templar vuestra afliccion.
Galas, fiestas ni placer
alli no os han de faltar,
y asi os podeis consolar,
pues hay tiempo y sois muger.

ISABEL.

¿Yo con vos el mismo techo
tengo, conde, de partir?

CONDE.

Y aun en mi cuarto vivir,
si el vuestro os parece estrecho.
Con que vamos.

ISABEL.

Apartad:

señor conde, esta es mi casa,
y de lo admisible pasa (*Ironía.*)
vuestra noble caridad.

Si estos objetos que adoro
no consuelan mi dolor,
tan solo le harán mayor
vuestros artesones de oro.
Y si os prometí mi mano
pasado un año y un dia,
fué solo porque queria
dar tiempo á don Juan; y en vano
alucinarme pensais
con fábulas que no creo,
señor conde, porque os veo
las cartas con que jugais.

CONDE.

¿Desconocéis pues su letra?

ISABEL.

Conozco á don Juan mejor,
y una muger con amor
aun imposibles penetra.
Si él escribió este papel
ó no, yo lo ignoro, conde;
mas tampoco se me esconde
la razon y origen de él.

CONDE.

¿Es decir que nó creéis
lo que esa carta os anuncia,
y aunque él á su amor renuncia

ISABEL.

vos renunciar no queréis?
 ¿Él, tan amante y tan fiero,
 renunciar mi amor por vos...?
 ¿y al morir? Soñais por Dios,
 se condenara primero.

Ya os conocia al partir,
 pues me aconsejó por suerte
 que no creyera en su muerte
 el plazo antes de cumplir.

CONDE.

Pues mirad ese reló
 y pensad lo que os conviene,
 porque don Juan ya no viene,
 basta que os lo diga yo.

ISABEL.

¡Monstruo! ¡habeis comprado acaso
 su sangre!

CONDE.

Aun no lo pensé;
 mas como obreis, obraré;
 con que no deis un mal paso.

ISABEL.

¡Hombre vil, para qué plazos
 infamemente poner
 si los habias de hacer
 con mi corazon pedazos?

CONDE.

Y oidme en fin, Isabel,
 porque esta historia, aunque corta,
 mucho saberla os importa
 cuando no por vos, por él.

Yo soy... quien soy; ahora un conde,
 rico, tenaz, iracundo,
 que aprendí un poco de mundo
 no importa saber en dónde.

Tengo un repleto tesoro,
 independencia y poder,
 mas fáltame una muger
 que me ayude á gastar oro.

Yo que he pasado mi vida
 allá en larga soledad,
 no quise en la sociedad
 agenciarme una querida.

Porque un hombre como yo
 que fué un valiente y no mas,
 es algo brusco quizás
 para enamorar... y no

quise comenzar tampoco
 por hablar de mi bolsillo,
 que obrara como un chiquillo,
 y me avergonzara un loco.

En tal situacion os vi,
 y como yo en mi futura
 solo buscaba hermosura,
 me dije pues: ya está aqui.
 Os pretendí en toda forma,
 os negásteis, cavilé,
 inquirí y averigüé,
 y al cabo dí con la horma
 de mi zapato: era un mozo
 militar, que está ausente;
 yo os abordé, y vos valiente
 resistísteis que fué gozo.

Al fin porque no venia,
 sin dar á torcer el brazo
 me señalásteis un plazo
 fatal de un año y un dia.
 Esperé el dia y el año,
 mas no con descuido tal
 que al fin viniera fatal
 tras el tiempo, el desengaño.

Yo á ese don Juan nunca vi,
 pues no estaba en mi papel
 el acercarme yo á él,
 sin que él se viniera á mí.

Vuestro padre, que primero
 os dejó vuestro albedrío,
 fué despues amigo mio,
 y encontró en mí un caballero.

Prometióme vuestra mano
 si el plazo fuere cumplido,
 y está todo prevenido
 con cura y con escribano.

Ahora bien, Dios me es testigo
 de que si voy desairado,
 vuelva ó no vuelva el soldado
 por fuerza os casais conmigo.
 Luego, vuelva en hora buena,
 que puesto yo en alta mar

con cualquier viento sé andar
 día y noche á vela llena.
 Con que elegid.

ISABEL.

¡Dios eterno!

¿qué hombre es este cuyo antojo
 atropella vuestro enojo
 y se rie del averno?

CONDE.

Mirad que á escoger os dí,
 y basta de vituperios,
 porque todos los misterios
 se acabaron para mí.
 Yo os amo, y la resistencia
 que habeis dado en oponerme
 no hace mas que convencerme
 de que basta de paciencia.

ISABEL.

(A la ventana.)

¡Oh! vuelve, vuelve, don Juan;
 morir prefiero contigo
 á tenerle por amigo.

CONDE.

Es inútil vuestro afán.
 Ved mi gente á vuestra 'puerta.
 ¿Creeis que si á ella llegara
 con vida el dintel pasara?

ISABEL.

¡Virgen Santa, yo estoy muerta!
 Allí esperándole estan;
 los tuyos son, tigre astuto...

CONDE.

Mirad que falta un minuto,
 y es la suerte de don Juan.

ISABEL.

¿Con que aun vive?

CONDE.

¿Y qué sé yo?

ISABEL.

Lo has dicho.

CONDE.

No insistas mas,
 que no has de verle jamas
 mientras que yo viva, no.
 Yo estoy mal acostumbrado
 á haber cuanto necesito;
 lo que no me dan, lo quito,
 y así nada me ha faltado.
 Tras un año de esperar
 ¿crees tú que te he de perder?
 No, tú serás mi muger.

ISABEL.

Primero me has de matar.

CONDE.

Eso no suele efectuarse
aunque se suele decir,
que entre casarse y morir
siempre vale mas casarse.

ISABEL.

¡Oh! sí, sí, razon teneis;
olvidad lo que os he dicho,
mas en vos es un capricho
mi amor, porque los teneis
vosotros los grandes, si,
y os fingis en vuestro orgullo
que el vulgo alzará murmullo
si desistís, ¿no es así?

Mas mejor vuestra grandeza
y justicia acreditais
cuando razon otorgais
si os la esponen con nobleza.

Ved mis lágrimas, señor:

yo en este valle escondida
no vi ni tuve en mi vida
ni otro don Juan ni otro amor.

Él fué mi sola esperanza,
en él cifré mi ventura,
por él amé la hermosura
que acaso mi rostro alcanza.

Yo soy solo una muger
que por mí no puedo nada,
mi pasion fué desdichada;
pero, señor, ¿qué he de hacer?

Él no tiene mas que á mí

á quien amar en la tierra,

y toda, señor, se encierra

la dicha de ambos aqui.

Si os dije que moriria,

mentí, conde, estaba loca;

lo que decia mi boca

mi corazon no sabia.

Volvedme á don Juan, señor,

que al fin á vuestros placeres

no os han de faltar mugeres

que os puedan vender su amor.

CONDE.

Hechiceras ¡vive Dios!

son vuestras frases, y á fé

que elección soberbia fué
la que hizo don Juan en vos.

ISABEL. ¿Eso decís? ¿con que bien
puedo esperar que don Juan...

(*Se oyen muy á lo lejos las doce en un reló de torre.*)

CONDE. Escucha: las doce dan.

Si él te quiere, yo tambien.

ISABEL. ¡Ay de mí!

(*El conde pronuncia sus últimas palabras señalando á la puerta, por donde asoma en este momento don Pedro con el acompañamiento de boda. — Isabel se desmaya.*)

ESCENA VII.

(*Toman á Isabel en la silla, donde ha caído, la cubren con un velo y la sacan de la escena, siguiéndola todos. El conde y don Pedro, que salen los últimos, se encuentran en la puerta.*)

CONDE. ¿Estás contento de mí?

D. PEDRO. Sí.

CONDE. ¿Está abajo mi litera?

D. PEDRO. Todo está, y abajo espera.

Y vos ¿vais contento?

CONDE. Sí.

(*Don Pedro va á la puerta de la derecha á llamar á Gil. El conde le espía y llama á Juan desde la puerta del fondo. Aparecen dos criados que alienden á cada uno de los dos.*)

D. PEDRO. ¡Gil!

GIL. Señor.

D. PEDRO. (*Ap. á Gil.*) El potro negro
ensilla al anochecer.

CONDE. ¡Juan!

JUAN. Señor.

CONDE. (*Ap. á Juan.*) No hay que perder
de vista un punto á mi suegro.

(*A estos últimos versos empiezan á dar las doce en el reló que habrá en la escena, durante cuyo espacio el teatro quedará solo. A la última campanada entra don Juan por una puerta lateral, y mirando al reló se sienta satisfecho.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN.

Llego á tiempo todavía:
 las doce acaban de dar,
 y hoy cumple el año y el día:
 ¡la acierto por vida mía;
 si me llego á descuidar! (*Se sienta.*)
 ¡Pero qué piense no sé!
 En este cuarto es la cita
 y á nadie llegar se ve;
 no parece por mi fé
 que se aguarda mi visita.
 ¿Si con el tiempo y la ausencia
 se habrá mudado Isabel?
 No escribirme fué prudencia,
 no aguardarme indiferencia
 sería, y; fortuna cruel.
 Pero delirando estoy;
 en mis cartas la decia
 siempre que vendria hoy;
 mas si no olvidó quién soy,
 la hora adivinar podia.
 ¿Mas si no las recibió?
 ¿si fué cierta la noticia
 que de su padre...? eso no,
 ni puedo entenderlo yo,
 ni hay tal padre, y fué malicia
 del vulgo murmurador.
 Y á mas, ¿qué conseguiría?
 un escándalo mayor
 que á hacer mi razon mejor
 tan solo conspiraría.
 ¡Eh! temores de soldado,
 que á dudar acostumbrado
 sin cesar del enemigo,
 hasta duda del amigo
 y la muger que ha adorado.
 ¡Isabel! mi bien, mi cielo,
 ya estoy junto á tí otra vez,
 rico, honrado, y no hay recelo

de que si á tu amor anhelo
 vuelvan á hollar mi altivez.
 No hay medio que me despida
 padre ó rival, rico ó noble;
 y á tí acercarme me impida
 á quien yo cuenta no pida
 de esta injuria ó se la doble.
 ¡Oh dichoso este momento
 con que viví todo un año!
 No tuve otro pensamiento,
 ni otra esperanza alimento,
 á toda ventura extraño.
 Allá en pais enemigo
 lanzado en guerra cruel,
 solo he tenido conmigo
 á mi Dios para testigo,
 y para premio á Isabel.
 Lidié, derroté, vencí;
 sangre y lauros son mi huella;
 honréme y enriquecí,
 mas ; vive Dios! no por mí,
 yo nada quiero sin ella.
 Mas alguien llega sin duda.
 ; Dios mio, prestadme ayuda!
 tiempo y lugar convenido,
 fuerza es que el plazo cumplido
 alguno á la cita acuda.
 Los pasos son de muger:
 ; con qué inquietud los escucho!
 ¿ si será...? ¿ y quién ha de ser?
 Oh... para esperado es mucho
 tanto tiempo este placer.

(Va á salir con curiosidad y se encuentra con Clara.)

ESCENA IX.

DON JUAN. CLARA.

- CLARA. ; Santo Dios! ; Un hombre aqui!
 D. JUAN. ; No es ella!
 CLARA. ¿ Quién sois? ¿ qué haceis?
 ; Por dó entrásteis? ¿ qué quereis?
 D. JUAN. ¿ Qué quiero? ; no esperan, di,

- en esta casa hoy á alguno? D. JUAN.
- ¿de un plazo, no oíste hablar? CLARA.
- CLARA. Eso sí, pero aguardar, D. JUAN.
me parece que á ninguno. CLARA.
- D. JUAN. ¿Cómo no? D. JUAN.
- CLARA. Pasó la hora CLARA.
que tenían convenida, D. JUAN.
y era cosa decidida; CLARA.
casaron á mi señora. CLARA.
- D. JUAN. ¡Voto á Dios! ¿qué estás hablando? D. JUAN.
¿la hora que se aguardaba D. JUAN.
se pasó, y cuando yo entraba CLARA.
estaban las doce dando? CLARA.
- ¡Ries! desde esa ventana D. JUAN.
tal vez me habréis visto entrar, D. JUAN.
y me quereis engañar... D. JUAN.
pero es diligencia vana. D. JUAN.
- Vé, di á Isabel que aquí estoy, CLARA.
que se apresure á venir. D. JUAN.
- CLARA. ¿No os lo acabo de decir? D. JUAN.
mi ama se casa hoy. CLARA.
- D. JUAN. Hoy se casa, ya lo sé; D. JUAN.
crucé yo la España toda CLARA.
por asistir á su boda, D. JUAN.
ve tú si lo ignoraré. CLARA.
- CLARA. Pues entonces, caballero, D. JUAN.
un poco os habeis tardado, D. JUAN.
y hubiérais mejor obrado CLARA.
yendo á la iglesia primero. D. JUAN.
- D. JUAN. Muchacha, no te comprendo. D. JUAN.
¿Yo á la iglesia? ¿Y para qué? D. JUAN.
- CLARA. ¿Pues no sabeis? ya se ve; CLARA.
pero yo lo estuve oyendo D. JUAN.
tras esa puerta. Escuchad. D. JUAN.
Yo creo que se aguardaba D. JUAN.
á un don Juan que no llegaba, CLARA.
y le hubieran en verdad D. JUAN.
por mucho tiempo aguardado, D. JUAN.
porque el pobrecito ha muerto. D. JUAN.
- D. JUAN. ¿Muerto don Juan? D. JUAN.
- CLARA. Sí por cierto. CLARA.
En Flandes, era soldado. D. JUAN.

- D. JUAN. ¡Muerto don Juan! impostura.
- CLARA. Yo misma al conde lo oí.
- D. JUAN. ¿Al conde Reinaldo?
- CLARA. Sí.
- D. JUAN. ¡Maldito sea!
- CLARA. Y segura
es su muerte, aunque Isabel...
- D. JUAN. ¿Qué?
- CLARA. Creerla no quería,
y aunque á voces respondía
que no amaba mas que á él...
- D. JUAN. Acaba.
- CLARA. Sentí venir
por la sala á mi señor,
y eché por el corredor,
porque no me viera, á huir.
- D. JUAN. Voto á...
- CLARA. Mas de una tronera,
donde me asomé á mirar,
vi á doña Isabel llevar,
cerrada en una litera.
- D. JUAN. ¿A la iglesia?
- CLARA. No, al palacio.
- D. JUAN. ¿Del conde?
- CLARA. Del conde.
- D. JUAN. ¡Cielos,
ó treguas dad á mis celos,
ó á mis venganzas espacio!
- CLARA. ¿Qué teneis?
- D. JUAN. ¡Qué he de tener,
sino cólera y furor!
- CLARA. ¡Dios mio! ¿qué os da, señor,
que os veo palidecer?
¿Qué teneis?
- D. JUAN. Tengo un volcan
en que abrasándome estoy.
- CLARA. ¡Mas quién sois!
- D. JUAN. La muerte soy.
¿Quién seré mas que don Juan?
- (Don Pedro aparece en la puerta del fondo.)
- CLARA. }
D. PEDRO. } ¡Don Juan!

CLARA.

El difunto.

D. JUAN.

Sí.

Hoy hace un año y un día
que juré que volvería:

(*Entrando*) las doce son y héme aquí.

D. PEDRO.

Despeja, Clara.

ESCENA X.

DON JUAN. DON PEDRO.

D. JUAN.

Buen viejo,
venid acá y contestad,
¿Me esperabais?

D. PEDRO.

No, en verdad.

D. JUAN.

No mintais, os lo aconsejo.

Yo sé que algun impostor
me dió en el campo por muerto.

D. PEDRO.

Pésame, don Juan, por cierto,
pues sois mozo de valor,
el dejaros desairado;
mas ella misma lo quiso,
y casarla fué preciso.

D. JUAN.

¿Y el plazo?

D. PEDRO.

Las doce han dado.
Y estaba tan empeñada,
que puesta frente al reló
dijo: "vamos."

D. JUAN.

¿Y partió?

D. PEDRO.

A la primer campanada.

D. JUAN.

¿Y no os sugirió siquiera
(*Con sarcasmo*) vuestra atencion previsora
que daban la misma hora
la última y la primera?

D. PEDRO.

Yo la quise detener,
recordé vuestra aficion;
mas dijo: "las doce son,
si vuelve, tarde ha de ser."
El conde, era natural,
exigia la postrera
decision, y su litera
aguardaba en el portal.

- Signiála, y nada reacio,
 pues así le convenia,
 llevóla en su compañía
 como esposa á su palacio.
- D. JUAN.** Pues, y ella naturalmente (*Con sarcasmo.*)
 fué con él muy contenta,
 como quien paga una cuenta
 recibida anteriormente.
 Y acabando de decirle
 que jamas le habia querido,
 como quien muda vestido
 propuso al punto seguirle.
 Ya comprendo ; vive Dios!
 toda esa trama infernal
 que habeis fraguado tan mal,
 don Pedro, entre el conde y vos.
- D. PEDRO.** Don Juan, lo que hablais mirad;
 si ya no os ama Isabel,
 no es culpa mia ni de él.
- D. JUAN.** Callad, mal padre, callad.
 Si ella me hubiera olvidado,
 como decís, no aguardara
 á que el plazo se pasara
 con tan rígido cuidado.
 La habeis de grado ó por fuerza
 casado, y decís: "ahora
 vuelva don Juan en buen hora:"
 mas ¡guai que el juego se os tuerza!
- D. PEDRO.** Don Juan, al conde eligió,
 y se la dió á su marido.
- D. JUAN.** ¡Mentís! Se la habeis vendido
 al que antes os la compró.
 Dijisteis, mozo y soldado,
 si vuelve don Juan de Flandes
 hará desaciertos grandes
 de mozo y de enamorado.
 Le culparemos al conde,
 cometerá un atropello,
 la justicia vendrá en ello
 y el fin á nadie se esconde.
 Lo veo y no lo concibo;
 pero, don Pedro, os lo juro,

si de ello quedo seguro
nos veremos ; por Dios vivo!

D. PEDRO. Lo que quisiereis pensad,
porque de cualquier manera
hija mía Isabel era
y esta fué mi voluntad.

¿Ó queréisme hacer la afrenta
de no hallarme con derecho
de poder hacer-lo hecho
sin ir á pedir os cuenta?

D. JUAN. Es que habeis contado mal,
aunque en esas cuentas ducho,
que aprendí, don Pedro, mucho
en Flandes y en Portugal.
A mis sospechas primeras
á España me hubiera vuelto,
mas yo me partí resuelto
á morir con mis banderas.

Mucho me aguijó el amor,
mas mucho el honor me tuvo,
y en duda un punto no estuvo,
lo primero era el honor.

Quedéme y nada temí,
en su constancia fiado,
porque á fé que tan malvado
nunca, don Pedro, os creí.

D. PEDRO. Mirad que soy...

D. JUAN. Ya lo sé.

Si en vos su padre no viera...
mas echad temores fuera,
yo siempre os respetaré.

Y en fin, ¿qué me contestáis ?

¿ me dais á Isabel ó no ?

porque á tiempo llegué yo,
y vos aun á tiempo estais.

Dársela al conde es venderla;
yo he vuelto; y rico y honrado,
buen marido y buen soldado
puedo honrarla y protegerla.

D. PEDRO. Pues don Juan, si sois tan hombre
y la amais como decís,
os la daré si añadís (*Con intencion.*)

- apellido á vuestro nombre.
- D. JUAN. Y decidme, ¿ira de Dios! (*Colérico.*)
 pues me haceis tal vituperio
 y vivís con tal misterio,
 ¿qué apellido teneis vos?
 ¿cuál es vuestra patria? ¿cuál
 vuestro nombre?
- D. PEDRO. (*¡Dios, qué escucho!*)
- D. JUAN. Ya veis que he aprendido mucho
 en Flandes y en Portugal;
 y que no sois vos tan diestro
 dando en que sin nombre estoy,
 cuando yo tambien sé hoy
 que teneis doblado el vuestro.
- D. PEDRO. Pues bien, ya que declarais
 que tan bien me conocéis,
 los secretos que sabeis
 mirad cómo los guardais.
 Porque todos caminamos
 con una sombra detras
 que no nos pierde jamas,
 y va, don Juan, donde vamos.
- D. JUAN. Sí, mas todos recibimos
 al nacer un angel bueno,
 que de peligros ageno
 nos guarda mientras vivimos.
- D. PEDRO. Pedidle que de su mano
 un solo instante no os deje. (*Vase.*)
- D. JUAN. Y al vuestro que os aconseje
 proceder menos villano.

ESCENA XI.

DON JUAN.

Todo á un golpe lo aventuro,
 mas no olvidaré el aviso;
 librarnos de él es preciso
 por cualquier medio seguro.
 Ahora bien, tiempo es de obrar;
 jamas lo quise creer,
 mas no hay tiempo que perder,

si me ama la he de salvar.

(*Saca una carta con otra dentro.*)

Aquí está la misteriosa
carta: en ella me asegura
no sé quién que en mi ventura
se interesa... una gran cosa.

(*Lee.*) "Si es que os niegan á Isabel
» (dice) y estais en amarla,
» creed para recobrarla
» lo que dice este papel.
» Pero si sois caballero,
» por vana curiosidad
» no le leais... aguardad
» á que os la nieguen primero."
y pues ya me la negaron,
ábrole y...

ESCENA XII.

Sale UNA MUGER con manto &c.

MUGER. ¿ Es don Juan
con quien hablo? ¿ un capitan
que en Flandes...?

D. JUAN. No os engañaron
en mis señas... don Juan soy.

MUGER. ¿ Una carta recibisteis
y otra con ella, que debisteis
no abrir ni leer... hasta hoy. (*Mirando al reloj.*)

D. JUAN. Es cierto.

MUGER. Pues si sois hombre
cual os pregonan la fama,
una cita de una dama
debeis admitir.

D. JUAN. ¿ Su nombre?

MUGER. Es un secreto.

D. JUAN. Es ahora
imposible... y permitidme...

(*Haciéndose la desentendida.*)

MUGER. ¿ Desconfiais? pues oidme,
y os daré el sitio y la hora.

D. JUAN. Mas... (*Amostazado.*)

MUGER. (*Recitando con intencion.*)

“*Si os niegan á Isabel*”

»y os empeñais en amarla,
»haced para recobrarla
»lo que os dice ese papel.”

D. JUAN. ¡Cielos! ¿qué escucho? ¿Sois vos...
quien escribió...?

MUGER. Leed y obrad.

D. JUAN. Pero decidme.

MUGER. ¡Acabad,
don Juan, leedlo por Dios!

D. JUAN. (*Lee.*) “Si un día os dan una cita
»y á esta carta se remiten,
»admitid lo que os citen.
»Quien la escribe os necesita
»para abriros un camino,
»que os hará tener sujetos
»del conde muchos secretos
»y dueño de su destino.”
Hablad, hablad.

MUGER. Imposible
en este sitio, don Juan,
que acaso espiondo estan
mis pasos ya.

D. JUAN. ¡Oh, qué insufrible
tormento! ¿Y cuándo ha de ser?

MUGER. Si de mí quereis serviros,
en la cruz de los suspiros
estad al anochecer.
Si sois hombre de valor
vuestro amor recobrareis;
y os advierto que os guardéis:
hasta la noche, señor. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON JUAN.

Hasta la noche, eso sí,
seas quien quieras, misteriosa
muger, de cuya amorosa
vóz esperanzas oí,

donde quiera iré tras tí,
 por do quier te seguiré,
 tierra y mar recorreré
 por ese nombre bendito
 que invocaste, y que repito
 como norte de mi fé.

ESCENA XIV.

DON JUAN. UN HOMBRE EMBOZADO. (Juan.)

EMBOZADO. ¿Sois don Juan... vuestro apellido
 no recuerdo.

D. JUAN. ¿Qué queréis?

EMBOZADO. Si sois hombre de valor,
 como os quieren suponer,
 yo vengo aquí á proponeros
 un desafío.

D. JUAN. ¿Con quién?

EMBOZADO. No me lo dijo.

D. JUAN. ¿La causa?

EMBOZADO. ¿La causa? vos la sabreis;
 lo único que advertiros
 me mandó en su nombre fué
 que al lugar que ha señalado
 tan despacio no llegueis
 como á la cita del plazo
 y de las doce despues.

D. JUAN. (Resuelto.)

¿Las armas?

EMBOZADO. Las que llevareis.

D. JUAN. ¿La hora?

EMBOZADO. Al anochecer.

D. JUAN. ¿El sitio?

EMBOZADO. En la cruz de los
 suspiros: ¿sabéis dónde es?

D. JUAN. Sí; pero tengo otra cita
 á esa hora y no puede ser.

EMBOZADO. ¿Y será mas importante
 que un desafío?

D. JUAN. Sí á fé.

EMBOZADO. ¿Es decir que rehusais?

D. JUAN. *(Con desprecio.)*
 Esclavo, la lengua ten,
 ó pronto con esta daga
 te la clavo en la pared.
 Dile que allí ha de encontrarme
 una hora antes ó despues.

EMBOZADO. Sea despues.

D. JUAN. En horabuena.

EMBOZADO. Allí irá.

D. JUAN. No faltaré.

Podré matarle ó morir,
 pero sabiendo quién es.

*(Vase el embozado por la puerta del fondo y don Juan
 por la lateral. — Cae el telon.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Campo. A la derecha una caseta, ó ruina de ermita, cuyo interior esté á la vista. A la izquierda en el fondo una cruz de hierro con una puerta ó trampa secreta en el pedestal. Arboles y maleza. — Anochece.

ESCENA PRIMERA.

GIL, que aparece en escena al alzar el telón.

Receloso anda don Pedro;

parece que su amistad
con ese conde...; ha visto uno
tantas de estas cosas ya!

En fin, todo en esta vida
se acaba, y no es de extrañar
que amistades mal trabadas
vengan á acabarse mal.

Mas tarda mi amo, el caballo
mandóme á esta hora ensillar,
y sacársle á este punto,
y á esta hora...; y dónde irá?

ESCENA II.

GIL, embozado. JUAN.

JUAN. (Allí está Gil.)

GIL. (¡ Alguien llega!)

JUAN. (¡ Oh! disimula el truan.)

GIL. (Parece que está despacio.)

JUAN. (Llégame á él.)

GIL. ¿Quién va allá?

JUAN. ¡ Calla! ó me engaña la voz...

- GIL. ¡Oh mi buen Gil!
- JUAN. ¡Oh buen Juan!
- JUAN. ¿Tú por aquí?
- GIL. ¡Ya lo ves!
- JUAN. ¿Y qué diablo haces?
- GIL. Pasear.
- JUAN. Pues yo há tiempo que te miro,
y un paso no has dado.
- GIL. ¡Bah!
- JUAN. ¡qué necio eres!
- JUAN. Ciego en caso
me debías de llamar,
pues no vi si te movias.
- GIL. Y ciego sin duda estás.
¿No ves la cruz?
- JUAN. ¡Ah, rezabas!
- GIL. ¡Pues es claro! ¿he de pasar
junto á ella como un perro
que sobre su rastro va?
- JUAN. Tienes razon. Mas, ¿quién diablos
se habia de imaginar
que pasearas á estas horas
con frio y con niebla tal?
- GIL. Caprichos con que uno nace.
- JUAN. ¡Vaya un capricho!
- GIL. ¡Ahí verás!
- JUAN. (Solapado es el buen Gil.)
- GIL. (Importuno es el buen Juan.)
- JUAN. Gil, tú estás de mal humor.
- GIL. No por cierto.
- JUAN. La verdad,
¿no estás contento con tu amo?
- GIL. Al reves, lo estoy demas.
- JUAN. ¿Te paga bien?
- GIL. Mas que quiero.
- JUAN. ¿Y tú le sirves...?
- GIL. Leal,
duermo á su lado, y le busco
cuanto puede desear.
- JUAN. Y á tí, Juan, en el castillo
¿te va bien?
- JUAN. No me va mal.

Mas dime: dicen que tu amo
es algo particular;
que tiene una historia larga,
hoñascosa.

GIL. Si tendrá...

JUAN. Vamos, que algo sabrás tú.

GIL. ¡Si me la habrá ido á contar!

JUAN. ¿No te parece?

JUAN. Eh, quien sirve

siempre al olorcillo está

de lo que guisan sus amos.

GIL. ¿Sí, eh? pues entonces, Juan,

dime: ¿es cierto que tu amo

encubre y es capataz

de cuantos contrabandistas

en estos contornos hay?

JUAN. (¡No es tonto Gil!) ¡Qué locura!

GIL. Pues el vulgo lenguaraz

lo susurra.

JUAN. Ya lo sé;

mas tiene tanta verdad

como decir que tu amo

á todo el mundo nos da

gato por libre, y no es quien

él dice.

GIL. ¡Qué necedad!

JUAN. Pues el vulgo lo murmura.

GIL. Pues se engaña.

JUAN. Así será.

(Ni con palancas le sacan

lo que se cierra en callar.)

GIL. (Está visto, Juan me espía.)

JUAN. (Claro, esperándole está.)

GIL. (Veamos.)

JUAN. (Vamos á ver.)

Oye, Gil.

GIL. Escucha, Juan.

JUAN. Di.

GIL. Di tú.

JUAN. ¿Es tuyo aquel potro?

GIL. ¡Eh! ¿Qué potro?

JUAN. Aquel que está

- atado á aquel sauce.
- GIL. ¡ Ah! sí.
- Mas no es ya potro.
- JUAN. ¿ Qué edad tiene ?
- GIL. Ocho años, y muermo, y un horrendo esperaban.
- JUAN. Pues lo disimula mucho.
- GIL. Ha sido un bravo animal: ¿ le has visto de dia ?
- JUAN. Vaya, de le conozco meses há: le monta siempre don Pedro.
- GIL. Sí; como monta muy mal, y es tan dócil.. (Pues señor, en vano es disimular.)
- JUAN. (Pues señor, eso es.) ¿ Tu amo se marcha ?
- GIL. Sí.
- JUAN. ¿ Dónde va ?
- GIL. A ese lugar inmediato.
- JUAN. ¿ Y por mucho tiempo ?
- GIL. ¡ Quia!
- Ha de volver esta noche á casa.
- JUAN. Listo ha de andar.
- GIL. Es corredor el caballo.
- JUAN. ¿ Sí? pues ¿ y el esparaban ?
- GIL. No hará mas que hincharse un poco; hay media legua no mas.
- JUAN. (Al fin ya desembuchó.) Vaya, á Dios Gil. (*Vase Juan y vuelve.*)
- GIL. A Dios, Juan. ¡ Mucho apuraba el tunante; nunca le vi tan tenaz! Torzamos rumbo: su encuentro muy mala espina me da.
- JUAN. (*Saliendo.*) Oye, Gil.
- GIL. ¡ Calla! ¿ estás ahí ?
- JUAN. No me he querido marchar sin darte algun buen consejo.
- GIL. Estimo la caridad.

- JUAN. Mira, muchas, muchas noches
no vengas á este lugar.
- GIL. ¿Por qué?
- JUAN. ¿No sabes?
- GIL. ¿Yo? nada.
- JUAN. ¿Ves esa ermita?
- GIL. Sí tal.
- JUAN. Pues ahí vive una bruja.
- GIL. ¿Cómo!
- JUAN. ¿No has oído hablar
de ella en el pueblo?
- GIL. Mil veces.
- JUAN. Pues mora ahí.
- GIL. ¡San Julian!
- JUAN. Y cuentan cosas atroces
de su poder infernal.
- JUAN. Y si te encuentras con ella
maleficiarte podrá
con un soplo.
- GIL. Dios me asista,
no aportaré yo aquí mas.
- JUAN. Harás bien.
- GIL. Corriendo á casa
voíme.
- JUAN. A Dios, Gil. (*Vase.*)
- GIL. A Dios, Juan.
(A apostarme en otro sitio
voy, y á don Pedro á aguardar.) (*Vase.*)

ESCENA III.

Por otro lado UN OFICIAL DE GUARDACOSTAS con UN SOLDADO, embozados.

- OFICIAL. ¿Con que todo está hecho?
- SOLDADO. Todo.
- OFICIAL. El valle cercado está.
- OFICIAL. Bien; que esten todos dispuestos
á la primera señal.
- SOLDADO. ¿Con que la noticia es cierta?
- OFICIAL. Terminante el pliego está;
del mismo rey es la orden,

y con gran severidad
 fuerza es tratar el asunto.
 Alerta pues.

SOLDADO.

Descuidar.

OFICIAL.

Aquí es la cita, y ya es hora;
 pronto la oracion dará.
 Me ocultaré, no dé con
 algun curioso quizás.

ESCENA IV.

TOMAS, embozado.

Este es el lugar sin duda
 que aquel hombre me marcó.
 Sí, allí el pueblo, aqu la ermita,
 la cruz allá... ¡quiera Dios
 que no haya olvidado el día,
 y oiga el dar de la oracion!
 Ya estoy al fin en mi patria:
 sí, libre y resuelto estoy;
 no mas obrar ni vivir
 contra mi propia razon.
 Ya es tiempo de que se espie
 aquel atentado atroz.

(Un momento de pausa. Tomas se pasca: las campanas
 á lo lejos tocan á la oracion.)

Esta es la hora convenida:
 esperaré.

ESCENA V.

TOMAS. EL CAPITAN DE GUARDACOSTAS.

OFICIAL.

En rededor
 de aquella cruz veo un bulto.

TOMAS.

¿Quién va?

OFICIAL.

¿Quién viene?

TOMAS.

Quien hoy
 busca puerto en que fondear.

OFICIAL.

(Él es.)

TOMAS.

(Él es.)

OFICIAL.

Eh, patron,

- TOMAS. ¿de qué lado sopla el viento?
 OFICIAL. De la costa y de babor.
 TOMAS. Vos sois, pues, á quien yo busco.
 OFICIAL. Y á quien espero sois vos.
 TOMAS. Buenas noches.
 OFICIAL. Buenas noches.
 TOMAS. ¿Cumplido habeis?
 OFICIAL. Hombre soy
 que no ha mentido jamas;
 y aunque muestra mi esterior
 la librea del delito,
 puro está mi corazon.
 OFICIAL. ¿Dónde está el barco?
 TOMAS. Aguardando
 mi señal.
 OFICIAL. ¿La relacion
 escrita?
 TOMAS. Aqui está, tomadla:
 no será muy superior
 su lenguaje, pero es claro
 y tan cierto como el sol.
 OFICIAL. ¿En qué año fué?
 TOMAS. Ya hace veinte:
 la fragata se abordó.
 Yo lidié desesperado
 al lado de mi señor,
 pero fué inútil; ninguno
 de nuestra tripulacion
 pudo escapar con la vida
 mas que un pobre niño y yo.
 OFICIAL. ¿Y cómo, pues?
 TOMAS. ¡Oh! le amaba
 con todo mi corazon,
 y hubiera muerto antes que él,
 segun era mi furor;
 mas les asombró mi audacia
 y el capitan nos salvó.
 OFICIAL. Y fuisteis sus compañeros.
 TOMAS. Esclavos decid mejor.
 OFICIAL. Explicaos.
 TOMAS. Esta historia
 nos toca solo á los dos;

- con que dejadla que quede para siempre entre él y yo.
- OFICIAL. Mas vos su lugar-teniente habeis sido, y aun lo sois.
- TOMAS. Cuando ese papel leais, vereis que si me nombró fué para tenerme lejos cautelosa precaucion.
- OFICIAL. Mas ¿no podiais mandar cuanto os diere gana vos?
- TOMAS. Sí, mas fondear no podia sino á antojo y eleccion de un piloto, á cuyas órdenes taimado me sujetó mientras á vista de tierra se hallara la embarcacion.
- OFICIAL. ¿Y qué premio á este servicio pensais pedir para vos?
- TOMAS. Me entrego á vos, capitan, y si me haceis concesion de unos dias, para ver qué es lo que ha dispuesto Dios de la gente que dejé al partir con mi señor para América, me basta.
- OFICIAL. ¿No vale mas que perdon en un memorial pidais?
- TOMAS. Confesárame traidor si lo hiciera, y las desdichas en nadie crímenes son.
- OFICIAL. Mas ahora que delatais...
- TOMAS. *(Interrumpiéndole.)*
A nadie; yo solo soy de la justicia divina instrumento vengador. Si solo de mis desgracias le culpara, acusacion contra ese hombre no entablara; mas del mundo en rededor anda algun otro, tal vez sin amigos, sin mansion, y sin fortuna y sin nombre;

OFICIAL. y á fé que en honra nació,
de lo que goza usurpado
mejor que él merecedor.

OFICIAL. Aquí hay un misterio grande
que escapa á mi comprension,
mas convencerme no puedo
de que seais un impostor.

TOMAS. No, juro á Dios.

OFICIAL. No jureis,
y oid: ¿ en disposicion
estais de comparecer
en el tribunal?

TOMAS. Sí estoy,
y á jurar cuanto hay escrito
en esa carta ante Dios;
y tales pruebas daré
que disipen todo error.

OFICIAL. ¿ Si yo os llamo... ?

TOMAS. Estaré siempre
pendiente de vuestra voz.

OFICIAL. ¿ A cualquier tiempo?

TOMAS. A cualquiera.

OFICIAL. De esa manera, id con Dios.
Veinte y cuatro horas teneis
á vuestra disposicion.

TOMAS. Aqui me tendreis mañana.

OFICIAL. ¿ A qué hora?

TOMAS. Al ponerse el sol.

OFICIAL. (Voy pues á cercar desde esta
todo el valle en derredor.) (*Vase.*)

ESCENA VI.

TOMAS.

Espíritus sin sepulcro,
inmolados á traicion,
aun teneis sobre la tierra
un amigo, un vengador.
Si aun queda de vuestra raza
el solo que se salvó,
verá que no he olvidado

mi fé, ni mi obligacion.
Mas no hay tiempo que perder:
ya es fuerza pensar en mí,

(Va á retirarse y ve á lo lejos á Elena, que llega.)

y ver si me dan aqui

luz alguna... ¡Una muger!

Un farol trae en la mano

que su camino la alumbre...!

¡Lo que puede la costumbre

en el corazon humano!

¡Un ser sobrenatural

la creyera un campesino

cruzar viéndola el camino

con paso y figura tal!

Mas me ocurre un pensamiento:

si de ella pudiera acaso...

ESCENA VII.

TOMAS. ELENA.

ELENA. (Aquel hombre no da un paso:

¿si será él?)

TOMAS. (Me iré contento,

sin embargo.)

ELENA. (Harto esperar

es á la impaciencia suya.

Si es él, no sé lo que arguya.

No importa, voy á pasar

junto á él; puede no haberme

desde lejos conocido.)

TOMAS. (Se acerca, yo me decido.)

Buena muger, si ofrecirme

podeis ayuda, yo os ruego...

ELENA. (No es él.) ¿Qué quereis de mí?

TOMAS. De muy lejos llego aqui,

y descaminado llego.

¿Me direis si en el que estoy

es en verdad mi camino?

ELENA. ¿Y adónde es vuestro destino?

TOMAS. Al palacio moro voy.

ELENA. (Cielos.)

TOMAS.

¿Distas mucho?

ELENA.

No;

mas la subida es fatal,
y á esta hora bareis muy mal
en emprenderla.

TOMAS.

Si yo

el terreno conociera
á emprenderla me arriesgara,
ó en algun pueblo buscara
una posada, si hubiera.

ELENA.

Inmediato está Lubrin:
por ese sendero estrecho
vais á este lugar derecho,
que en sus calles tiene fin.

TOMAS.

¿Habitaís en él?

ELENA.

No, á fé:

y á lo que oyéndoos infiero
que todavía estrangero
sois aquí, claro se ve.

TOMAS.

Decidme: ¿por qué razon?

ELENA.

Porque si no fuera así,
no os encontrarais aquí
tan cercano á mi mansion.

TOMAS.

¿Pues qué hay de ella que temer?

ELENA.

Nada sin duda; esta ermita
hace ya años que la habita
solamente una muger.

Pero tened muy presente
que desde que el sol se pone
rarísima vez se espone

á pasar por aqui gente.
Seguid pues vuestro camino,
y buenas noches.

TOMAS.

¿Qué es esto!

ELENA.

(Que dejar le hará imagino
(Elena entra en la ermita.)

la supersticion el puestó.)
Aqui hay misterio: el retiro
y el secreto necesita

TOMAS.

tal vez, y dió á aquesta ermita
ese misterioso giro,
que el vulgo supersticioso

respetará... ¿Pero á mí,
 qué me importa que obre así?
 Déjola pues en reposo,
 y á lo que me atañe voy.

(Va á salir y se encuentra con don Juan.)

ESCENA VIII.

DON JUAN. TOMAS.

- D. JUAN. ¿Quién va allá?
 TOMAS. Un hombre.
 D. JUAN. ¿Qué pasa,
 ó qué espera?
 TOMAS. Busca casa.
 D. JUAN. ¿Sois forastero?
 TOMAS. Sí soy.
 D. JUAN. Mi posada os ofreciera
 si pudiera á ella tornar.
 TOMAS. ¿Vecino sois del lugar?
 D. JUAN. Lo mismo que si lo fuera,
 porque como es tan pequeño...
 TOMAS. ¿Conoceis su poblacion?
 D. JUAN. Sí.
 TOMAS. ¿Podriais dar razon...?
 D. JUAN. De cualquiera á quien empeño
 trajéreis en encontrar.
 TOMAS. Me hareis muy grande favor.
 D. JUAN. Pero con otro mayor
 me lo tendreis que pagar.
 TOMAS. Decid.
 D. JUAN. Tengo en este instante
 dos citas á que acudir:
 en la una voy á reñir;
 en la otra un importante
 secreto voy á saber,
 el cual tal vez asegura
 mi felicidad futura
 y el honor de una muger.
 Cumplir á un tiempo las dos
 si me tardo en la primera,
 no me es posible aunque quiera;
 tomad una sobre vos.

- TOMAS. ¡Cómo!
- D. JUAN. Si sois caballero una de ellas elegid, ó á oír el secreto id...
- TOMAS. Eso no, reñir prefiero.
- D. JUAN. ¡Oh! gracias; pero preciso no será tanto sin duda; cuando mi contrario acuda si yo no estoy, dadme aviso.
- TOMAS. Bien, bien; yo haré mi deber, que tenga ó no de reñir.
- D. JUAN. ¿Y ahora me podreis decir á quién quereis conocer?
- TOMAS. Sí, busco á un hombre, un villano cuya historia es algo estraña; pasó há tiempo á nueva España, de un corsario siciliano fué cautivo...
- D. JUAN. (*Con amargura.*) Ah!; sé de un hombre á quien conviene esa cruel historia!
- TOMAS. ¿Y qué ha sido de él?
- D. JUAN. ¡Sábelo Dios!
- TOMAS. ¿De su nombre os acordais?
- D. JUAN. Si eso prueba que con el alma le amaba...
- TOMAS. Oh, conclud. ¿Se llamaba Tomas Ruiz de Villanueva?
- D. JUAN. Si, sí: ¿conocéisle vos? ¿dónde está?
- TOMAS. Y vos, que afan tal mostrais por él, ¿cuál es, cuál vuestro nombre? ¿entre los dos qué relacion hay?
- D. JUAN. La vida, que en sus brazos recibí, cuanto soy y cuanto fui.
- TOMAS. ¡Ah! si esa historia es mentida apártate, tentador.
- D. JUAN. No, no, esa historia es la mia.

- TOMAS. Entonces, ¡Virgen María...!
- D. JUAN. Tú eres; ¡cielo vengador!
- TOMAS. Rodulfo.
- D. JUAN. ¡Tomas!
- TOMAS. Abrázame.
- D. JUAN. Sí, sí; el placer me sofoca.
(*Abrázanse.*)
- TOMAS. Y mis lágrimas provoca.
(*Vuélvense á abrazar.*)
- D. JUAN. Aprieta, así, despedázame;
¡Pero qué recuerdo horrible!
¿Y mi padre? ¿en qué paró?
¿Y mi madre?
- TOMAS. Qué, ¿no has vuelto á verle?
- D. JUAN. No.
- TOMAS. Santos del cielo, ¿es posible!
¿Por quién te vas á batir?
- D. JUAN. Por Isabel, por mi amor.
- TOMAS. ¿Y con quién?
- D. JUAN. Con su raptor,
si es que se atreve á venir.
- TOMAS. ¿Quién es?
- D. JUAN. Un conde extranjero.
- TOMAS. (*Apresurado.*)
¿Que habita en ese castillo
que ocupa ese montecillo?
- D. JUAN. Sí.
- TOMAS. (*¡Lazo infernal!*)
- D. JUAN. Mas quiero
saber antes si hay camino
que me haga tener sujetos
de ese hombre muchos secretos
y dueño de su destino.
- TOMAS. ¿Y cómo lo has de saber?
- D. JUAN. Una muger misteriosa
que por mi vela afanosa
me lo ha prometido hacer.
- TOMAS. ¿La conoces?
- D. JUAN. No por cierto.
- TOMAS. ¿Y si es un lazo?
- D. JUAN. No, no;
mas de un año há que me dió
una carta, que hoy he abierto,

ofreciéndome su amparo
si me hurtaban el tesoro
de la muger que yo adoro,
con que podía.

TOMAS.

Está claro.

¿Mas dónde está?

D. JUAN.

No lo sé.

Ya es la hora que me dió.

TOMAS.

(¿Y aquí mismo te citó?)

D. JUAN.

En esa cruz.

TOMAS.

Oye.

D. JUAN.

¿Qué?

TOMAS.

Oigo dentro de esa ermita

rumor.

D. JUAN.

Apártate á ver.

(*Se apartan, y aparece Elena.*)

ELENA.

(Ya esperará.)

D. JUAN.

Una muger,

y es ella.

TOMAS.

¿La de la cita?

D. JUAN.

Sí; aléjate de su luz

no se esquite viendo dos,

y no me faltes por Dios

si acude ese hombre á la cruz.

TOMAS.

Rodulfo, vé sin temor:

(de cualquier modo que sea

preciso es que no le vea

ese corsario traidor

aun á costa de mi vida.)

(*Vase y se oculta detras de la cruz.*)

ESCENA IX.

ELENA. DON JUAN. TOMAS.

ELENA.

¿Es don Juan?

D. JUAN.

Sí, don Juan soy,

y esperándoos estoy.

ELENA.

Vine á la hora convenida,

mas encontré á un estrangero

que me dió que sospechar,

y que dejara el lugar

- quise, de veros primero.
- D. JUAN. En fin, ya estamos aqui, y no hay tiempo que perder.
- ELENA. Mucho por vos puedo hacer, y vos mucho mas por mí.
- D. JUAN. Lo que gustareis mandad, si yo basto á conseguirlo.
- ELENA. Entrad en mi casa á oirlo, que habrá mas seguridad. *(Entrán.)*
- TOMAS. Entró con ella... por Dios que entre la cruz y la puerta puesto, he de estar bien alerta... ¡desconfio de las dos!
- (Tomas queda paseando fuera. Elena y don Juan dentro de la ermita.)*
- ELENA. ¿Os estraña este misterio, don Juan, y esta habitacion? Tiene la supersticion en el vulgo mucho imperio, y por eso la elegí: mil patrañas de ello cuentan, y cuanto mas las aumentan mas segura estoy aqui.
- D. JUAN. Comprendo vuestra razon.
- ELENA. Un año há que espío al conde, y nada de él se me esconde á merced de esta mansion.
- D. JUAN. Mi tiempo es breve; mirad lo que decirme quereis.
- ELENA. Don Juan, poco esperareis.
- D. JUAN. Pues ya os escucho, empezad.
- ELENA. ¿Conoceis al conde?
- D. JUAN. No.
- ELENA. Pues bien, yo le he conocido casi desde que ha nacido, y á ser lo que es no nació. Sus títulos, sus haciendas, nada es suyo; es un engaño.
- D. JUAN. ¿Los hubo en pais estraño en políticas contiendas?
- ELENA. No lo sé; su poseedor verdadero estuvo ausente

largo tiempo; de repente
presentóse él sucesor.

D. JUAN. Trajo cuantos documentos
ELENA. necesitó: declaróse

D. JUAN. como conde, é instalóse
ELENA. por tal sin mas miramientos.

D. JUAN. Desmentir su identidad
ELENA. su semblante no podía,

D. JUAN. porque quince años hacia
ELENA. que de aqui faltaba; edad

D. JUAN. que á cualquiera desfigura;
ELENA. y hacinando precauciones

D. JUAN. esquivó las relaciones
ELENA. como cosa mas segura.

D. JUAN. Pocos meses adelante
ELENA. vino don Pedro, y con él

D. JUAN. vino esa hermosa Isabel
ELENA. de quien sois tan fino amante.

D. JUAN. ; Oh! seguid, seguid.
ELENA. Hacia

D. JUAN. mucho tiempo que olvidada
ELENA. vivia en pobre morada

D. JUAN. y huérfana se creía.
ELENA. Él dijo: su padre soy;

D. JUAN. tomóla de unos parientes
ELENA. que por ser tan indigentes

D. JUAN. en que la dieron estoy.
ELENA. Compró casa, con decoro

D. JUAN. en ella la hizo habitar,
ELENA. y á nadie dió que pensar

D. JUAN. el verle volver con oro,
ELENA. pues de América volvía;

D. JUAN. mas yo conozco tambien
ELENA. á don Pedro, y sé muy bien,

D. JUAN. señor don Juan, que mentia.
ELENA. ; No es su padre?

D. JUAN. Acaso no.
ELENA. ; Ah! seguid.

D. JUAN. Noté que amigo
ELENA. del conde era, y que al abrigo

D. JUAN. del exterior que tomó
ELENA. era el único que entraba

en su torre, y armonía
 con sus gentes mantenía,
 y noches con él pasaba.
 Entonces vinisteis vos
 con vuestro destacamento,
 y hubo entonces un momento
 de treguas entre los dos.
 Yo tras de mucho afanar,
 de un anciano campesino
 supe un secreto camino
 al castillo para entrar.
 Varias noches me introduje
 en hora muy avanzada
 en un ala abandonada;
 y la impresion que produje
 tan favorable me fué,
 que el vulgo supersticioso
 por fantasma misterioso
 ocupada ahora la cree.
 Yo de bruja en esta ermita
 tal vez haciendo un papel,
 os hallé con Isabel
 en una y en otra cita.
 Supe vuestro plazo al fin,
 y me interesé por vos,
 temiéndome de los dos
 alguna emboscada ruin.
 Espié, velé, inquirí,
 y al cabo yendo y viniendo
 sus maldades conociendo
 á Flandes os escribí.
 Y no dudeis que Isabel
 víctima sacrificada
 es, prenda al conde entregada.
 ¿Por don Pedro?
 Sí, por él.
 Eso no tiene, señora,
 ni aun asomos de razon;
 ¿á qué aguardar condicion
 ni plazos...?
 Oidlo ahora.
 Si tanto tiempo aguardando

D. JUAN.

ELENA.

D. JUAN.

ELENA.

á que espirara estuvieron,
fué porque de vos temieron.

D. JUAN. ¿Por qué?

ELENA. Por su contrabando.

D. JUAN. ¿Qué decís!

ELENA. Esas montañas

D. PEDRO. llenas de su gente están;

TOMAS. por eso es todo su afán,

esas todas sus hazañas.

D. JUAN. No lo acierto á comprender.

ELENA. Creedlo, ese hombre es un bandido,

y nunca otra cosa ha sido,

ni otra cosa sabrá ser.

D. JUAN. Por eso hoy á mi venida

D. PEDRO. topé con una emboscada,

TOMAS. y á no por inesperada

ayuda, pierdo la vida.

D. PEDRO. Pero de esa relacion

TOMAS. en el dédalo enredado

con vuestro intento no he dado.

ELENA. ¡Ay! está en mi corazón:

todo descubierto está,

esos peñascos cercados

(Tomos. estan ya por los soldados

otras.) y todo á perderse va.

D. JUAN. Y bien, ¿qué quereis de mí?

ELENA. Don Juan, ¿quereis á Isabel?

D. JUAN. ¡Oh, sí!

ELENA. Pues salvadle á él,

y huya conmigo de aquí!

D. JUAN. ¿Con vos?

ELENA. Sí, le amé; y ahora

D. JUAN. que todos á abandonarle

(Sale van, yo, yo quiero salvarle;

TOMAS. quiero ser su valedora.

TOMAS. El me abandonó traidor!

D. PEDRO. atentó contra mi vida,

(Mientras mas todo el amor lo olvida,

Juan. y á todo alcanza mi amor.

Si á la costa se le auxilia

osadamente á llegar,

aun puede abriarnos el mar

camino á nuestra Sicilia;
favor por favor, don Juan.

Ó así le salvais á él,

Ó á perder vais a Isabel.

D. JUAN. ¡Y entonces perecerán
todos, vive Dios, tras ella!

ELENA. No os halague esa esperanza,
que es temible su venganza,
y es muy fatal vuestra estrella,
capitan.

ESCENA X.

DON JUAN y ELENA, dentro de la ermita; DON PEDRO y
TOMAS, fuera.

TOMAS. ¿Quién va?

D. PEDRO. Yo soy.

TOMAS. (¿Quién es?)

ELENA. (A don Juan.) Decid.

D. JUAN. (A Elena.) Escuchad:

¿no oís rumor?

ELENA. Sí.

D. JUAN. (Escuchando.) Callad.

D. PEDRO. ¿Estais solo?

TOMAS. Solo estoy.

D. PEDRO. Pues vamos.

TOMAS. Vamos.

(Poniendo mano á su espada.)

D. PEDRO. ¿Qué es eso?

TOMAS. ¿A reñir no habeis venido?

D. PEDRO. ¡No es Gil! (¡Oh, me habrá vendido!)

Caballero, yo os confieso...

TOMAS. Esa voz... estoy soñando.

D. PEDRO. Perdonad; os tomé á vos

por otro; quedad con Dios.

TOMAS. ¡No os ireis!

D. PEDRO. ¿Qué estais hablando?

TOMAS. No, de aqui no os movereis

sin que quién sois me digais.

D. PEDRO. (Qué apuro.) Si os empeñais...

TOMAS. Sí, por Dios.

D. PEDRO. Pues lo sabreis.

- Yo soy don Pedro Zapata.
 TOMAS. ¡Téngame Dios de su mano!
 Ese que nombras, villano,
 murió á manos de un pirata.
 Si, y ese nombre me prueba
 que eres quien buscando voy.
- D. PEDRO. Yo soy don Pedro.
 TOMAS. Y yo soy
 Tomas Ruiz de Villanueva.
 D. PEDRO. ¡Oh!
- TOMAS. ¿Di, qué has hecho, traidor,
 del nombre que yo te dí?
 ¿Qué es lo que has hecho por mí?
 ¿Qué es de la hija de mi amor?
- D. PEDRO. En el castillo.
 TOMAS. ¿En poder
 del conde?
 D. PEDRO. Sí.
 TOMAS. ¡Miserable!
 Este enredo abominable
 llevo al fin á comprender.
 Reza, si es que sabes algo
 con que dirigirte á Dios.
- (Tomas y don Pedro forcejean mientras hablan los otros.)
- D. JUAN. No oigo bien, pero son dos.
 (Va á salir, y Elena le quiere tener.)
- ELENA. ¿Dónde vais?
 D. JUAN. Al campo salgo.
 Me esperan para reñir,
 y otro toma mi lugar.
- ELENA. Tened.
 D. JUAN. ¡No!
 (Sale don Juan de la ermita, y Elena tras él.)
- TOMAS. Vas á acabar,
 como has querido vivir.
 D. PEDRO. ¡Ah! (Cayendo.)
 (Mientras don Juan, y Elena detras salen, aparece Juan con gente.)

ESCENA XI.

TOMAS. DON PEDRO. JUAN. VARIOS CONTRABANDISTAS.

JUAN. Ese es don Juan. (*Señalando á Tomas.*)

TOMAS. ¡Tal traicion
me sospechaba!

JUAN. Ea, atadle
pronto; al castillo llevadle.

UNO. Mira.

JUAN. (*Mirando.*) ¿Qué...? soldados son.
Vamos pronto. (*Vanse.*)

D. JUAN. (*Saliendo.*) ¿Adónde estan?
¿Mas si es él? (*Viendo á don Pedro.*)

D. PEDRO. ¡Ah, el capitan!

D. JUAN. ¡Don Pedro aqui!

D. PEDRO. Huid por Dios;
se llevan á otro por vos.

D. JUAN. ¿Adónde?

D. PEDRO. Al castillo van.

D. JUAN. Antes que lleguen...
(*Va á seguirlos, y Elena le detiene.*)

ELENA. ¿Qué haceis?

D. JUAN. Seguirlos.

ELENA. Seguidme á mí,
si llegar antes quereis.

D. JUAN. ¿Y por dónde?

ELENA. Por aqui.

(*Abre la cruz, y éntranse al tiempo que don Pedro toca
arrastrándose el pedestal, y cae sobre los escalones
sin movimiento. — Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Salon del castillo llamado *Palacio Moro*, que habita el conde. Puerta á la derecha, y secreta en el fondo. Lámpara colgada. Ventana con reja.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.

Cielos, ¿qué va á ser de mí
 en esta mansion fatal?
 ¿Para tratarme tan mal
 qué delitos cometí?
 Sola, pobre y desvalida,
 allá en oculta cabaña,
 al amor y al mundo estraña,
 pasada feliz mi vida.
 Huérfana, sí, mas dichosa,
 sin deseo ni esperanza,
 mi barquilla iba en bonanza
 por la mar tempestuosa.
 Largos años viví así
 cual silvestre pasionaria
 que en campiña solitaria
 nace y crece y muere allí.
 ¡Ay! ¿por qué de aquel desierto
 me vinieron á sacar,
 para echarme al negro mar
 de este porvenir incierto?
 ¿Por qué de mi corazon
 con impulso repentino
 al cambiarse mi destino
 se cambió la condicion?
 De la soledad sali

CONDE.

ISABEL.

CONDE.

ISABEL.

CONDE.

y con fortunas soñé,
soñé con amor y amé,
mas ¡cuán desdichada fui!

El interes vino en pós
del amor, ató el deber
mi voluntad... ¡cuál va á ser
el mas fatal de los dos?

¿El amor...? ¡ilesó, intacto,
puro en mi alma quedará.

¿El deber...? ¡cumplido está,
padre cruel, vuestro pacto.

Mi padre, ¡ay Dios! Se figura
que en el oro y la grandeza
está la fé y la belleza,
el placer y la ventura.

El alma de la muger
asi, insensato, comprende,
y asi me entrega, me vende
al que mas llega á ofrecer.

Mas tócame ahora á mí;
él cumplió ya, era justo,
y ya no hay mas que mi gusto
ó mi desventura aqui.

Con nobleza elegiré,
pero mirando hácia atrás
no, no romperé jamas
mi palabra ni mi fé.

ESCENA II.

ISABEL. EL CONDE.

CONDE. Buenas noches.

ISABEL. ¿Qué quereis?

CONDE. Bella pregunta á fé mia:
¿no os lo dije á medio dia?

(Cierra la puerta por dentro.)

ISABEL. ¿Qué haceis?

CONDE. Cerrar, ¿no lo veis?

Mi palacio esquiya y fiera
desdeñásteis hasta ahora
habitar como señora;

sois pues en él prisionera.
ISABEL. ¡Y con cuán negra traición
 lo habeis al fin conseguido!

CONDE. Las cosas se hacen sin ruido
 mejor y con precaución.
 El vulgo me odia, lo sé,
 y si el plazo hubiera roto,
 armara necio alboroto,
 por eso un año aguardé.
 Ahora escucha atentamente
 la suerte que te prevengo,
 y lo que á decirte vengo
 piensa bien, y sé prudente.
 De hoy no ha de verte ni el sol,
 no; dentro de estas murallas
 como en un sepulcro te hallas;
 pasará por el crisol
 de esta eterna soledad
 tu amor y tu fortaleza;
 y tu llanto y tu belleza
 jamas obtendrán piedad.

ISABEL. Entre peligros viví,
CONDE. crecí entre sangre y horrores,
 y amenazas ni clamores
 nada alcanzarán de mí.

ISABEL. Mi amor, mi fé, mi esperanza
CONDE. al fin de una y otra injuria
 tornarase en odio, en furia,
 en sed de fatal venganza.
ISABEL. Cederte á otro hombre despues
CONDE. de aguardarte un año entero,
 es imposible, prefiero
 verte sin vida á mis pies.
 Con que elige bien, y aparta
 sueños de fé y de virtud:
 ó esta estrecha esclavitud,
 (si antes de ella no se harta
 mi paciencia), ó con tu amor
 pagar voluntaria el mio;
 dejo el ser á tu albedrío
 tu galan ó tu señor.
 El mundo es grande, Isabel;

yo te idolatro, te adoro;
 con mi brazo y con mi oro
 buen lugar tendrás en él.
 Y puedo hacértele tal
 cuando admitas mis promesas,
 que te envidien mil princesas
 tu regia pompa oriental.

ISABEL.

CONDE.

ISABEL.

¿Habeis concluido?
 Sí.

Pues vuestras ofertas todas
 cual la farsa de mis bodas
 serán miradas por mí.
 Esta mañana rehusé
 llegarme al profano altar,
 y no habré de renegar
 esta noche de mi fé.

Nací entre peñas, crecí
 de pobreza entre rigores,
 y amenazas ni clamores
 nada alcanzarán de mí.
 Mi amor, mi fé, mi esperanza
 firmes á halago y á injuria
 sabrán despreciar tu furia
 y arrostrar tu vil venganza.

Oye pues: todo tu afán
 es en vano; yo le adoro,
 y no vale todo tu oro
 un cabello de don Juan.

CONDE.

ISABEL.

¿Esa es tu respuesta?

Esa es,
 sí: ¿después de un año entero
 ser tuya? jamás: prefiero
 caer sin vida á tus pies.

CONDE.

Caerás, sí; pero no esperes
 que así tu vida concluya,
 porque irá antes de la tuya
 la de ese á quien tanto quieres.

ISABEL.

Mi constancia y su constancia
 en el bien como en el mal,
 siempre firmes por igual
 se mofan de tu arrogancia.

CONDE.

Veremos si tu entereza

á tanto heroísmo alcanza, ó si cede la balanza al peso de su cabeza.

ISABEL.

Me río de esa villana amenaza que te inspira quien te inspiró la mentira del papel de esta mañana.

JUAN.
CONDE.

¡Necia! ¿mientas el papel, y aun conservas confianza? Pues disipa la esperanza que concebiste por él.

Aprende lo que no sabes, y aprendiendo á conocerme, decidete á obedecerme

y tu situación no agraves. ¿Piensas que al plazo faltó tu constante capitán?

No, burló todo mi afán; daba aún las doce el reló cuando él acudió á la cita.

ISABEL.
CONDE.

¡Cómo! Mas fia en su brio el necio, y mi desafío admitió.

ISABEL.
CONDE.

¡Infamia inaudita! De noche, y en despoblado, y solo prometió ir.

ISABEL.
CONDE.

¡Cielos! Puedes presumir que habré mi gente apostado.

ISABEL.
CONDE.

¡Hombre vil! Óyelo todo: mandé, haga ó no resistencia, que desde allí á mi presencia le traigan de cualquier modo.

Ahora, creas ó no creas de grado lo que te digo, de ello vas á ser testigo, y creerás cuando lo veas.

(Óyese un clarín.) Oye; esa la señal es para franquear el rastrillo;

ya estan al pie del castillo,
decídetelo pronto pues.

Y no te andes con pereza,
porque juro, vive Dios,
que eliges una de dos,
ó mi amor ó su cabeza.

ISABEL. No puede mi alma con tanta
increible atrocidad:
tu fria ferocidad,
monstruo pérfido, me espanta.

CONDE. Esperé, callé y sufrí
mientras el plazo se cumplía,
y al castillo te traía
sin dar sospechas de mí.
De hoy todo será traicion,
y ese vulgo que murmura
creerá mansion de ventura
la que será tu prision.
Mas suben, ya estan aqui.

ESCENA III.

ISABEL. EL CONDE. JUAN.

CONDE. ¡Hola! ¿eres tú!

JUAN. Sí, yo soy.

CONDE. ¿Traes al capitán?

JUAN. Le traigo.

CONDE. Ya lo ves. (*A Isabel.*)

ISABEL. ¡Cielos!

JUAN. (*Aparte al conde.*) Señor,
echad ahora esos imbéciles
amoríos á un rincón,
y pensad en lo que importa.

CONDE. ¿Qué hay pues?

JUAN. Huyamos, sino
todo el valle á desplomarse
va muy pronto sobre vos.

CONDE. ¡Cómo!

JUAN. De tropas y hogueras
cercado está en derredor.

CONDE. Tengo mi barco en la costa,
que há dos dias que fondeó

JUAN. Mas ved que un enjambre son.
 CONDE. Serénate, Juan, no temas,
 que tal lo he dispuesto yo
 que por entre ellos pasemos
 como por un vidrio el sol.

JUAN. No lo sé.

CONDE. Habrá algunos tiros,
 habrá un cadáver, ó dos;
 mas tras el primero á tierra
 saldrá mi tripulacion,
 y habrá al mismo tiempo fuego
 de babor y de estribor.
 Tiempo há que he determinado
 salir de este boqueron,
 pero saldremos despacio,
 con botin y con honor.
 Ve, Juan, que todo esté á punto
 para el despuntar del sol;
 mi barco aguarda esa hora.

JUAN. Cumpliré mi obligacion.
 Más de ese don Juan, ¿qué hacemos?

CONDE. Que aguarde un punto, vé.

JUAN. Voy.

ESCENA V.

EL CONDE. ISABEL.

CONDE. Ya lo ves, está en mis manos;
 firme es mi resolucion,
 y única; elige, Isabel,
 ó su cabeza ó mi amor.
 No mas misterios, no mas
 disimulos ni ficcion:
 necia honradez, medianía
 servil no te ofrezco yo.
 No una alquería en un valle,
 y un olivar que agostó
 el abandono de un año,
 y una lanza y un bridon
 con un corazon voluble
 que tal vez otra secó,
 no, yo te ofrezco un tesoro.

de libertad y de amor:
 todo el imperio del mar
 que rey ninguno acotó,
 y donde soy con mi barco
 mas grande que el rey mayor.
 Nada habrá que te se anteje
 que darte no pueda yo:
 si el mar te cansa, de tierra
 puedo darte, no un rincón
 donde vivir olvidada,
 sino el palacio mejor.
 La opulencia de los ricos,
 del noble la ostentacion,
 y toda altañería
 del ojo fascinador.
 Si Europa no da á un valiente
 acogida y proteccion,
 un nuevo mundo en América
 se nos abre; vive Dios!
 Allí está virgen la tierra
 esperando á su señor,
 y conmigo su conquista
 dividirá el español:
 que harto mi brazo y mi oro
 valen en contra ó en pró
 para que no los acepte,
 ó esclavo ó conquistador.
 Basta, insensato, de ofertas,
 que solo quimeras son:
 ¿Crees tú que están mis oídos
 insensibles á la voz?
 ¿Piensas que la de ese esclavo
 en ellos no resonó?
 Va á desplomarse, te dije,
 todo el valle sobre vos:
 palideciste al oírle
 decir que un hambre son,
 y mi corazón oyéndolo
 de gozo se estremeció;
 y firme, como la tuya,
 es ya mi resolución:
 Pobre insensata, ¿cual siempre

ISABEL

CONDE

CONDE

JUAN

CONDE

JUAN

ISABEL

ISABEL

JUAN

CONDE

CONDE

CONDE

CONDE.

JUAN

CONDE

JUAN

CONDE

JUAN

CONDE

JUAN

CONDE

te engaña tu corazón;
 mi barco tengo en la costa,
 cuanto tengo de valor,
 mis tesoros, mis secretos,
 en él se depositó
 con cauteloso sigilo
 y exquisita precaución.

A mi poder y á mi dicha
 solo me falta el amor;

una muger, que eres tú,
 y sin la cual no me voy.

Primero que del pirata
 la opulencia acepte yo,
 hágame un esclavo vil
 pedazos el corazón.

Mira que á don Juan sentencias;

A mi honra y á su valor
 mejor nos está morir
 que verme en tus brazos.

Oh!
 un mundo entero no pudo
 arrostrar mi indignación,
 y hoy una débil muger

osa arrostrar mi furor!

Piénsalo bien, cierva presa
 en las garras del león.

Piensa tú que de tu cueva
 se apiñan en derredor
 lobos que huelen la sangre
 de quien pavura les dió.

Mira que no hay esperanzas;

Yo he puesto la mia en Dios.

Por última vez, ¿aceptas?

Por la vez última, no.

Sea, y cúlpate á tí sola
 de la suerte de los dos.

Teneis de vida un minuto,

y aquí, este mismo salón

será de entrambos sepulcro

ó templo de nuestro amor.

(De rodillas.)

El cielo que me dió fuerzas,

para tal resolución,
hará que á cabo la lleve,
ó será mi protector.

CONDE.

(*Con mofa.*)
¿Quién dentro de estas murallas
podrá protegerte?

ELENA.

(*Saliendo por la puerta falsa.*) Yo.

ESCENA V.

EL CONDE. ISABEL. ELENA.

(*Elena se coloca entre Isabel y el conde: Isabel continúa de rodillas.*)

CONDE.

¿Qué es esto, cielos! Elena.

ELENA.

Sí, bárbaro, Elena soy.

CONDE.

Espectro horrendo, ¿qué quieres?
¿quién ante mí te evocó?
¿por qué del sepulcro sales,

ELENA.

enemiga aparición?
Deliras, Cain, deliras;
no soy un espectro, no:
vivo, y me guarda tu estrella
para ser tu salvacion.

CONDE.

Mi bala no ha errado nunca.

ELENA.

Pues en la Cabrera erró.

CONDE.

¿Sin duda estoy siendo víctima
de una pesadilla atroz!

ELENA.

Acabemos de una vez,
y sal, Cain, de tu error.

Ya no tienes en el mundo
mas esperanza que yo.

CONDE.

¿Tú!

ELENA.

Sí, todos te abandonan;
mas si audaz resolución
tomas, aun puedes salvarte
huyendo conmigo.

CONDE.

No.

ELENA.

Eso es lo que aun ofrecerte
puede quien tuvo valor
para vivir junto á tí.

en escondido rincón
 dos años en este valle;
 sí, quien te guardó hasta hoy
 en vez de infame venganza
 la fé de su corazón.

Y esto es lo que va á ofrecerte
 otro enemigo mayor
 en este momento mismo
 y con igual condicion.

CONDE. ¿Quién?

ELENA. Don Juan.

CONDE. ¡Necia! ¿Ese engaño
 crees que me infunde pavor?
 Don Juan está en mi poder;
 y ahora mismo, al de mi voz,
 ante vuestros mismos ojos
 voy á ponerle.

*(Asoma don Juan mientras Cain se dirige á la puerta
 contraria.)*

ESCENA VI.

DICHOS. DON JUAN, saliendo por la puerta secreta.

D. JUAN. Aquí estoy.

ISABEL. ¡Don Juan!

D. JUAN. ¡Isabel! *(Abrazanse.)*

CONDE. ¿Qué es esto?

D. JUAN. *(Viendo al conde.)*

¡Qué veo! ¡Dios vengador!

¡Mi padre!

GONDE. ¿Ese hombre, es don Juan?

D. JUAN. ¡Noche de condenacion!

Yo soy don Juan, soy Rodulfo.

¡Capitan, vuestro hijo soy!

que salí de la Cabrera
 para infierno de los dos.

CONDE. ¡Oh rabia!

ELENA. ¿De la Cabrera?

D. JUAN. Allí ese hombre me dejó.

ELENA. Díome allí un mancebo amparo,
 y una lancha salvacion.

D. JUAN. ¿En la Cabrera?

ELENA.

Sí.

D. JUAN.

¡Entonces

ese mancebo soy yo!

ELENA.

Sí.

CONDE.

¡Todo lo entiendo ahora!

D. JUAN.

Y yo tambien, ¡vive Dios! (*Desesperado.*)

yo tambien, que del destino

bajo fatalismo atroz

he sido siempre el juguete

desde lá hora en que vi el sol.

CONDE.

¡Oh dicha! pues el destino

á todos me los juntó,

de todos me libro á un tiempo.)

Rodulfo, tienes razon,

el uno en contra del otro

la suerte nos colocó,

y es fuerza sacrificarse

uno de ambos por los dos.

D. JUAN.

Partámonos uno de otro,

padre, dejadme mi amor,

y huid mientras teneis tiempo

y yo quedo tras de vos.

Si mi fuerza ó mis engaños

os consiguen salvacion,

para siempre separémonos,

y que nos ayude Dios.

ELENA.

¡Qué historia espantosa es esta

que á mis celos escapó!

Cain, tan negro misterio

no cabe en mi comprension.

¿Es hijo tuyo ese hombre?

CONDE.

Muger, cierra el labio.

ELENA.

No;

fuerza es que se aclare todo

este misterio de horror.

CONDE.

Pues bien, aclárese al punto,

porque ahora mirando estoy

que si ese es don Juan, hay otro

que su lugar usurpó.

¡Hola! traed á ese.

ESCENA VII.

DICHOS. JUAN. TOMAS. PIRATAS.

JUAN. Aquí está.
 CONDE. ¿Quién eres tú?
 TOMAS. Tomas soy.
 CONDE. ¡Gracias, fortuna! Salid.
 (*Vase Juan y los que con él han salido.*)

ESCENA VIII.

CONDE. TOMAS. DON JUAN. ELENA. ISABEL.

CONDE. ¿Quién manda mi barco?
 TOMAS. Yo.
 CONDE. ¿Está en la costa?
 TOMAS. Está allí.
 CONDE. Y á buscarme vienes.
 TOMAS. Sí.
 CONDE. ¿Para que partamos?
 TOMAS. No.
 CONDE. ¿Cómo!
 TOMAS. Escúchame, pirata;
 acabo á uno de matar
 el bosque al atravesar.
 CONDE. ¿A quién?
 TOMAS. A Pedro Zapata.
 CONDE. De un bribon nos has librado.
 TOMAS. Sí, mas en otra ocasion
 conocí yo á ese bribon,
 y todo me lo ha contado.
 CONDE. ¿Y qué?
 TOMAS. Por él supe allí
 que la única hija mia
 que encomendado le había,
 está en tu poder aqui.
 CONDE. ¡Tu hija!
 TOMAS. Él hizo papel
 de padre suyo en mi nombre.
 ISABEL. No era mi padre aquel hombre.
 CONDE. ¿Es hija tuya Isabel!
 TOMAS. Sí.

ISABEL. (*Arrojándose á sus brazos.*)

¡Padre!

TOMAS. (*Idem.*) Hija mia. Ahora
pirata, no mas doblez,
no mas ficcion; á tu vez
de Dios tu perdon implora.

ELENA. ¿Aun hay mas misterios?

TOMAS. Sí.

Ya mi hija, mi afan logré,
mi hija, que la causa fué
de mi silencio hasta aqui.

Veinte años há que te sigo
de tu barco en el encierro,
veinte años que como un perro
camino y duermo contigo
por eso; ahora el dueño soy
de tu mas fatal secreto,
y por verte en él sujeto
hème afanado hasta hoy.

CONDE. Guárdalo, esclavo, hasta el fin,
como hasta aqui lo has guardado.

TOMAS. Mas de seis años forzado
lo guardé en tu bergantín:
no, tú los lazos has roto
con que á callar me obligabas,
Cain, cuando me dejabas
esclavo de tu piloto.

Temistes que cuando en tierra
saltara te venderia;

pensastes bien, este dia
llegó, que tanto te aterrará.

¿Te acuerdas, feroz pirata,
de aquel horrendo abordage
con que distes fin al viaje
de una peruana fragata?

Con vida tan solo alli
quedamos un niño y yo.

CONDE. ¿Y quién os la concedió?

TOMAS. Tú; pero ¿á qué precio, di?
Siendo parte de tu bando
y los rayos de la ley
con tu sanguinaria grey

sobre nosotros llamando.
Te la compramos, ¡par diez!
él con su fortuna entera,
con su suerte venidera,
yo con toda mi honradez.

CONDE. Basta, traidor, basta ya.

TOMAS. ¡Lo que adivinas te espanta!

CONDE. No saldrá de tu garganta
lo que resta.

TOMAS. ¡Oh si saldrá!

CONDE. Primero que lo pronuncies
tendrá cabo tu existencia.

¡Hola!

*(Va á salir, y Tomás, acudiendo antes que él á la
puerta, pasa el cerrojo y se coloca delante de ella.)*

TOMAS. A toda resistencia

es forzoso que renunciéis;
no en vano á la fuerza apeles,
tu barco al rey he vendido.

CONDE. Traidor.

TOMAS. Y le he remitido

tu tesoro y tus papeles.

CONDE. ¡Oh furia!

TOMAS. Y por conclusión

envié escrita de mi mano
del abordaje inhumano
una exacta relación.

No hay pues para tí, Cain,
ni remedio ni esperanza,
que te aprestó mi venganza
en un cadalso tu fin.

D. JUAN. Eso jamas, ¡vive Dios!

Mi padre le hizo el destino
y yo le abriré camino,
ó moriremos los dos.

ELENA. Y antes que á trance tan cruel

le lleve tan vil traicion,
pisarán mi corazon
para llegar hasta él.

Capitan, por cuanto caro
tengais en el universo
que en un trance tan adverso

no le dejéis sin amparo.
 Habeis en su compañía
 por largo tiempo vivido,
 su fortuna habeis seguido,
 y por su sangre os queria.

D. JUAN. ¡No por Dios! aunque me afrente,
 su sangre no negaré.

(*Al conde.*)

Vuestro lugar tomaré,
 y mientras secretamente
 por ese oculto camino
 salís al campo los dos,
 yo me quedaré por vos
 á arrostrar vuestro destino.
 Tomad y huid.

(*Le ofrece su espada. Tomas se va á acercar. Don Juan se dirige á él con nobleza.*)

TOMAS. ¡Tente!

D. JUAN. (*A Tomas.*) Atrás.

Si tú vengas tu opresion,
 yo cumplo la obligacion
 que hay en mi sangre, Tomas.

TOMAS. ¡Rodulfo!

D. JUAN. Si das un paso
 para tocarle un cabello,
 Tomas, por todo atropello;
 tente á tu vez, ó te abraso.

(*Con una pistola.*)

ISABEL. ¡Padre! ¡Don Juan!

D. JUAN. Id, volad.

TOMAS. Pues bien, noble corazon,
 aprende la obligacion
 de tu sangre en realidad.
 No es la de ese monstruo fiero
 la que corre por tus venas,
 no; él colgó en sus entenas
 á tu padre verdadero.

D. JUAN. }
 É } ¡Oh no es $\frac{\text{mi}}{\text{su}}$ padre ese hombre!

ISABEL. }
 TOMAS. } No. Abordó nuestra fragata,
 y dejó de ser pirata

- con su título y su nombre.
(El pirata lo oye todo con calma y fiereza.)
- D. JUAN. ¡Ira de Dios!
- TOMAS. Y ve aquí
 la venganza que apresté ;
 sí , cuando en ella pensé
 pensé en tu padre y en tí.
- D. JUAN. *(Volviendo la pistola que tiene en la mano al Pirata.)*
 Cúmplase pues... reza, infame,
 tu postrimera oracion.
(Presentando el pecho.)
- CONDE. Tira , aquí está el corazon :
 no creas , no , que reclame
 ni clemencia ni piedad
 la fiereza del pirata ,
 que no eres tú quien le mata ,
 sino su fatalidad.
 Tira: esa ha de ser mi suerte ,
 de una ó de otra manera ;
 con que venga como quiera ,
 nunca he temido la muerte.
- ELENA. Perdón, capitan.
- ISABEL. Perdón,
 don Juan.
- TOMAS. Tente ; á la justicia
 toca , y arguye malicia
 impedir su obligación.
- (Se oyen voces dentro , y luz de antorchas por detras de la ventana. Algunos tiros muy á lo lejos.)*
- CONDE. ¿Mas qué es esto?
- TOMAS. Ya lo ves ,
 cercado el palacio está.
- CONDE. Mas mi gente lidiará ,
 vive Dios.
- TOMAS. Inútil es ;
 no se trata de batallas
 ni abordages , y aplicado
 habrán prontos decontado
 escalas á las murallas.
- JUAN. *(Dentro.)* ¡Capitan!
- CONDE. *(Asomando á la reja.)* ¿Quién va?

JUAN.

(Dentro.)

Salid

pronto, que ya los soldados
 tienen los puentes forzados
 y huye mi gente; venid.

CONDE.

Mis dueños sois, responded;
 mandad lo que os venga á tino;
 yo arrostraré mi destino,
 pero sin pedir merced.

TOMAS.

(A la reja.)

Rendíos á discreccion,
 no hay mas remedio ni espacio,
 porque he vendido el palacio.

(Vocería lejana.)

ELENA.

(De rodillas.)

Perdon, capitan, perdon:
 os hizo una injuria cruel,
 mas tambien os dió la vida,
 y me tenéis prometida
 la suya por Isabel.

¡Oh! tenéis tiempo y favor:
 sed generoso, don Juan;
 no atropelleis, capitan,
 vuestra palabra y mi amor.

CONDE.

Alza y no ruegues villana,
 y pues que tanto me quieres
 vamos á ver cómo mueres
 como buena Siliciana.

ELENA.

Ah, rendíos capitan;
 veo que en vuestra nobleza
 la ruindad y la grandeza
 luchando en silencio estan.

D. JUAN.

No, no: él en su barco á mí
 guardóme y me protegió:
 con mal no he de pagar yo
 el bien que dél recibí.

(Por la puerta secreta.)

Sea: partid, por aqui;
 tal vez en la oscuridad
 podeis, la ermita ganad,
 y estad ocultos alli.

Si mañana ambos á dos
 vivís, un barco tendreis

- para que á la vela os deis.
 Id, y que os ayude Dios.
- ELENA. ¡ Oh! dejad que á vuestros pies...
- D. JUAN. Id, que me estais dando afan.
- CONDE. Gracias, y á Dios, capitán.
- D. JUAN. No os detengais.
- CONDE. Vamos pues.

ESCENA IX.

DON JUAN. ISABEL. TOMAS.

(Tomas quiere hablar. Don Juan le ataja la palabra.)

- D. JUAN. Tomas, ninguna objecion
 admito: cumplí y cumpliste:
 tú con mi padre, debiste,
 y yo con mi corazon.
 No pensemos mas en él,
 y solo el placer gocemos
 de ver que entrambos tenemos
 nuestra dicha en Isabel.
- TOMAS. ¡ Honra tamaña, señor,
 á nuestra humildad villana!
- D. JUAN. Todo tu lealtad lo gana,
 todo lo iguala el amor.
(Ruido en el paso secreto.)
 ¡ Mas qué ruido...! ¡ volverá
 ese hombre? Llegan. ¿ Quién va?

ESCENA ÚLTIMA.

EL CAPITAN DE GUARDACOSTAS aparece por la entrada del camino subterráneo, seguido de algunos SOLDADOS con armas y antorchas.

- CAPITAN. Yo.
- D. JUAN. ¿ Y quién de esa galería
 os mostró el paso profundo?
- CAPITAN. Un hombre que moribundo
 al pié de la cruz yacía.

D. JUAN. ¡Oh! ¿y los hallásteis?

CAPITAN. Los dos

despechados resistieron.

D. JUAN. ¿Se salvaron?

CAPITAN. No, murieron.

D. JUAN. ¡Ay! ¡Fué justicia de Dios!

FIN DEL DRAMA.

SCENA ÚLTIMA.

EL CAPITAN DE GUARDACOSTA aparece por la entrada del camino silencioso, seguido de algunos soldados con armas y alforjas.

CAPITAN. Yo.

D. JUAN. ¿Y quién de vos capitán?

El capitán muestra el pelo rubio y el uniforme.

CAPITAN. Un hombre que marchaba a la

al pie de la cruz vacía.